

CON LA REPÚBLICA

SERGIO CARBÓ

CON LA REPÚBLICA

ARTÍCULOS, EDITORIALES Y OTROS ESCRITOS



EDICIONES MEMORIA

Carbó, Sergio

Con La República : artículos, editoriales y otros escritos / Sergio Carbó ; compilación de Mario Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Cultura Democrática, 2024.

186 p. ; 20 x 13.5 cm. - (Ediciones Memoria / Mario Ramírez)

ISBN 978-631-90398-4-9

1. Periodismo Cultural. 2. Periodismo Político. 3. Ensayo Filosófico. I. Ramirez, Mario, comp. II. Título.

CDD 070.409

Compilación: Mario Ramírez

Edición y notas: Mario Ramírez

Diseño de cubierta: José Luis de Cárdenas

En la cubierta, dibujo de José Luis de Cárdenas a partir de una fotografía de Carbó en *Bohemia*, 5 de junio de 1938, p. 73.

© 2024, de esta edición Asociación Civil Cultura Democrática

Esta edición es posible gracias a:



CULTURA
DEMOCRÁTICA

www.cultdemocratica.org
info@cultdemocratica.org

ÍNDICE

Sobre este libro	7
A la salud de Sergio Carbó	9
Mañana y pasado mañana	25
Aún es tiempo	31
El pistolero del azúcar	37
¡Con Machado nada!	43
Cómo y por culpa de quiénes cayó Grau San Martín	47
Hacia una más grande Cuba	63
Cubanización de Cuba, he ahí el punto de partida	79
La gloriosa acción de Gibara	87
A la salud de Cristo	93
Alguien tiene que poner fin al caos	97
Una rosa blanca sobre el féretro de Chibás	101
Dar trabajo es lo primero	103
Con motivo de las confiscaciones	105
Trabajemos bajo techo	109
Con todos y para todos	113
¡Tierra!	120

SOBRE ESTE LIBRO

He aquí algunos artículos, editoriales y otros escritos de Sergio Carbó Morera, reunidos con la intención de provocar el acercamiento a una de las figuras más importantes de la época republicana en Cuba. Desde las páginas de *La Semana*, *Bohemia* o *Prensa Libre*, pero también en muchas otras publicaciones y panfletos, el periodista dejó su palabra encendida, fiel a la misión de sacudir las conciencias en una sociedad acostumbrada a delegar las responsabilidades cívicas en la política, la cultura y la prensa.

Son apenas dieciséis textos, representativos de las principales etapas identificadas en la biografía de Carbó, desde sus comienzos al frente de *La Semana*, como libelista y revolucionario, exiliado, expedicionario, veterano del antimachadismo, polemista y demócrata, hasta el experimento patriótico de permanecer en Cuba durante los primeros años de la revolución castrista, participando activamente en el análisis de las transformaciones y sometiéndolas a crítica.

Espero que mi artículo, “A la salud de Sergio Carbó”, pueda servir de preámbulo a esta compilación, que aspira a crecer en posteriores ediciones y circunstancias más propicias para la investigación.

A la fecha de hoy, Carbó sigue siendo una incógnita para muchos cubanos, oscurecido por su anticomunismo en los estudios históricos en la isla. Para mí, se trata de alguien que encarnó como nadie en su tiempo y su país al hombre en busca de la mejor adaptación, para sí y los suyos, de las leyes democráticas. Su trayectoria estuvo

llena de tropiezos, replanteamientos y contradicciones, pero el resultado final fue esa fórmula martiana: *Ni con unos, ni con otros, con la República.*

A LA SALUD DE SERGIO CARBÓ¹

Un periodista es un hombre cívico. Esta verdad, como sacada de las interminables arcas de Perogrullo, no requeriría más exégesis si no fuera porque a la humanidad, de vez en cuando, se le ocurre echar mano del periodismo, ese hijo desvergonzado de la expresión libre, para afinicar, casi siempre a expensas de una atrofiada opinión pública, los deseos tiránicos de algún que otro mequetrefe. Pero también el periodista es, o debería ser, un maestro de esa sociedad de la que su profesión lo ha convertido en testigo apasionado y veraz, imparcial y al mismo tiempo activo. El punto álgido de esta misión, develada a los periodistas de todas las épocas en las sucesivas noches de escritura febril, es la responsabilidad con un entorno que, mientras más deteriorado en sus fundamentos y valores democráticos, más exige de la imprescindible acción social de los comunicadores. Desde luego, he invocado la palabra democracia, pues sería muy difícil hablar del papel cívico allí donde esta se ausenta, allí donde la sociedad civil se encuentra amordazada por la ideología y el terror. Sin embargo, la historia del periodismo en Cuba tiene, incluso en la colonia y a pesar de las plagas dictatoriales que minaron la república y las seis décadas de castrismo, capítulos de altura que bastarían para salvarnos de la desazón que nos condena hoy al silencio o al exilio. Es cierto que en Cuba existe además la posibilidad

¹ Este artículo fue escrito para la compilación *Valores humanistas para Cuba democrática. Pensamiento de políticos, artistas e intelectuales cubanos del siglo XIX y XX*, Cultura Democrática, Buenos Aires, 2024.

de la cárcel, donde un activista que escribía versos, Pedro Luis Boitel, fue abandonado a su suerte hasta morir de inanición en una huelga de hambre como protesta a las injusticias de Castro. Es cierto que aquí, después del '59 y con la instrucción soviética, el activismo de la verdad es usualmente castigado con el asesinato de la reputación y otras estratagemas gansteriles. Aun así, valdría la pena conocer a fondo las obras de aquellos que desafiaron, con mayor o menor riesgo, las inclemencias del poder político. Urge imitar, por muy poco que se pueda, la labor porfiada de esos desvencijados profetas, cuyo grito ha quedado exánime ante la sordera de un pueblo que se corta el oído. Entre estos últimos, por razones que intentaré explicar, yo propongo para el examen de conciencia que todos nos debemos, y que ojalá sea práctico, el nombre de Sergio Carbó Morera, un clásico nuestro al que la censura atemporal del régimen castrista ha pasado la cuenta momentánea, pero una presencia fija en la apenas estudiada palestra republicana.

*

Quizás con menor fama, la estirpe de los Carbó es de esas que tienen a la dignidad y al servicio público como mejor abolengo, pues el padre de Sergio, don Luis Carbó Carmenate, fue un consumado periodista que dirigió el diario *La Tribuna*, desde donde combatió al colonialismo español hasta ganarse el exilio forzoso en los Estados Unidos. El hijo varón de Sergio, Ulises, acompañaría al padre en sus empresas periodísticas en las décadas del '40 y '50 en Cuba y llevaría a cabo su propia telemaquiada al regresar del exilio como expedicionario en la fallida invasión a Bahía de Cochinos, en 1961. La madre de Sergio, doña

Alelí, fue una maestra de clase media. Sergio nació en La Habana el 29 de julio de 1892.

Fiel a su herencia vocacional, el joven Carbó Morera pensó primero dedicarse al magisterio, ejerciendo como maestro de la instrucción primaria en 1914, pero muy pronto abandonó esta profesión para consagrarse ese mismo año al periodismo, escribiendo artículos y editoriales para *El Figaro* y *La Discusión*. Al año siguiente se estrenaría como reportero en el diario *La Prensa*, asumiendo más tarde su dirección, con tan sólo 23 años. También en 1915 se convirtió en articulista del periódico *El Día*, del que sería su director en 1919. Así lo agasajaba una *Bohemia* de entonces: “Es que el señor Carbó, por su jovialidad, por su nobleza y por su talento se ha conquistado toda la simpatía y afecto de cuantos trabajan en el periodismo habanero”. *El Día*, publicación vinculada al Partido Conservador y al gobierno del presidente Mario García Menocal, le granjearía una notable influencia en la vida pública, lo que lo impulsó a presentarse como candidato a la Cámara en 1926. No resultó electo.

Cabe señalar que, para la época, el director de un medio no era precisamente el *manager* que conocemos en la actualidad, sino, como de hecho era nombrado, su “director político”, una afirmación expedita de la relevancia que tenía la prensa en el statu quo de la sociedad. Con esta óptica hay que mirar la nueva etapa que en la vida de Carbó comienza en 1921, con la fundación de su primer periódico, *La Libertad*, para hacer frente desde la oposición al gobierno de Alfredo Zayas. A las pocas semanas, el rotativo fue clausurado por orden gubernamental.

En 1925, con la llegada de Gerardo Machado a la presidencia, Carbó aprovecha para fundar *La Semana*, órgano

que se transformaría en aguijón molesto para el dictador. El semanario satírico, heredero de *La Política Cómica*, dio aliento en sus páginas a lo mejor de la caricatura cubana de su tiempo; verbigracia, el popular Bobo de Eduardo Abela. Más de cien mil suscriptores, verdadero récord para el periodismo nacional, esperaban ansiosos la salida cada miércoles de su ejemplar de la revista, que poco a poco fue acentuando sus críticas al régimen de Machado.

Para 1927, Carbó se encontraba de viaje en Moscú y, a la par que contaba en *La Semana* sus experiencias en el recién proclamado estado soviético, reflexionaba sobre algunas medidas del régimen comunista. Objetivo y sincero, Carbó comparó el mundo occidental con lo que vio en el país de los soviets, sometiendo a examen tanto a entusiastas como pesimistas sobre las cuestiones más debatidas por sus contemporáneos. Democracia, justicia social, libertad, distribución de la propiedad, lucha armada, oposición política, economía, matrimonio, sexo, el problema del aborto, etc., no escaparon a la mirada atenta del periodista investigador. Sin embargo, sus amigos conservadores en La Habana no acogieron con beneplácito este testimonio desinteresado, en el que el periodista cubano vaticinó, con pasmosa precisión y casi una década de adelanto, un segundo conflicto bélico de magnitud global. En 1928, la *Revista de Avance* reuniría las crónicas bajo un título que conquistó una fama inmediata en el mundo hispanoamericano, expectante por saber los pormenores de *Un viaje a la Rusia roja*. Así lo reseñó en esta última revista el escritor Francisco Ichaso:

Lo que escasea de Rusia no son teorías, mejor o peor intencionadas, sino informaciones verídicas:

periodismo de altura. Tampoco el dato estadístico. El dato estadístico es arma de dos filos. Con largas galeras estadísticas unos han demostrado el éxito y otros el fracaso del régimen soviético. Este libro de Carbó es un reportaje tridimensional. Periodismo de excepción en el trópico. Alguien podrá pensar que el empleo de estos términos, reportaje, periodismo, implica deprecio de la obra, alusión a ese ‘poco más o menos’ tan peculiar de la llamada ‘literatura periodística’. Carbó, no. Carbó sabe hasta qué punto un reportaje sensitivo informa las letras actuales en todo el mundo.²

Si bien Ichaso celebra el valor literario de la obra, es notorio que Carbó no tiene una entrada, siquiera una mención, en ninguno de los dos tomos del *Diccionario de la Literatura Cubana*, publicado por el Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba en 1980. Explicable si seguimos el razonamiento del historiador Rafael Rojas sobre los “años soviéticos” en la isla³, en los que el régimen cubano decidió borrar de la historia patria todo lo que amenazara sus buenas relaciones con la URSS. En el diferendo redactado por García y Mironchuk, al hablar del libro de Carbó estos reconocen que “dichos escritos alcanzaron una notable difusión”, “aunque la mayoría de lo expresado no rebasaba los marcos de la fugaz e intrascendente visión de quien luego sería un tránsfuga de la

² “Un viaje a la Rusia roja, por Sergio Carbó”, *Revista de Avance*, La Habana, 15 de enero de 1929, p. 58.

³ En “Cuba: los años soviéticos”, *Punto de Vista*, Buenos Aires, diciembre de 2007, Nº 89, diciembre, pp. 16-17.

revolución socialista”⁴. De esta manera, el panfleto ideológico relegaba al olvido un testimonio cuyo valor histórico, documental y sociológico todavía hoy rebosa de interés. En cambio, en su época el libro recibió un justo y unánime reconocimiento en la prensa de no pocas latitudes, como prueban quienes recibieron con los mayores honores a Carbó, cuando, perseguido por Machado, se vio obligado a un exilio trashumante en España y otros países entre 1927 y 1932.

*

En una sociedad republicana, la correspondencia entre periodismo y política debería ser tal que pudiéramos calificarla con esa palabra tan socorrida en matemáticas para definir las relaciones funcionales: biunívoca. Que en la república de Cuba nacida el 20 de mayo de 1902, se hayan codeado, con relevancia política, líderes de la opinión pública como Manuel Márquez Sterling, Fernando Ortiz, Sergio Carbó, Jorge Mañach, Guy Pérez Cisneros, Gastón Baquero y otros, prueba que al menos en uno de los dos sentidos funcionaba esta ecuación conciliatoria. A partir de la década del '30, para Carbó se convirtió casi en un estilo encarar al dictador de turno. En 1931 lo hizo con una expedición armada que partió desde Nueva York hacia el poblado de Gibara, al norte de Holguín, con pretensiones de iniciar una revolución contra Machado. La tentativa fracasó, pero le ganó a Carbó el prestigio del periodista más allá del panfleto, comprometido hasta los hechos con sus palabras encendidas.

⁴ Ángel García y Piotr Mironchuk: *Esbozo histórico de las relaciones entre Cuba URSS*, Academia de Ciencias de Cuba, Instituto de Ciencias Sociales, La Habana, 1976.

En 1932, desde el *Heraldo de Madrid*, en España, continuó su antimachadismo con una columna que tituló “La tragedia cubana”. Junto a Octavio Seigle, el exiliado expuso los excesos de la tiranía en seis formidables artículos: “El pistolero del azúcar”, “Contra el pensamiento y contra el proletariado”, “Dios en el cielo y Machado en la tierra”, “No son más que españoles”, “Juventud, Heroísmo, Libertad” y “¿Qué quiere la revolución?”. Oigámosle en esta arenga desde el diario más sedicioso de la España de comienzos de siglo:

Ejerciendo [Machado] su absolutismo subalterno con el hierro alevoso y con la calderilla corruptora —¿habéis oído hablar alguna vez del Congreso cubano?— se encumbró en la riquísima satrapía. Abolidos todos los derechos humanos y democráticos, Cuba se ha convertido en ‘Machadonia’, según la expresión de nuestro Fernando Ortiz. Aquello es una vorágine dantesca, de persecución, de ilegitimidad y de muerte, españoles, como vosotros no podéis imaginar.⁵

Carbó regresará a Cuba en 1933 para asestar el golpe de gracia al machadato. *La Semana*, en pausa desde hacía dos años, apareció como su director para promover la acción cívica final contra la dictadura. En la portada del 26 de agosto de 1933, una estudiante y un obrero se daban la mano bajo la protección de una *marianne* republicana para lanzar la pregunta del momento: “¿A qué

⁵ “El pistolero del azúcar”, en *Heraldo de Madrid*, 13 de julio de 1932.

se espera para empezar la revolución?”. Opuesto al gobierno de tránsito de Carlos Manuel de Céspedes y a la intervención del embajador norteamericano Benjamin Sumner Welles en la crisis política cubana, Carbó se vio enrolado en la llamada “sublevación de sargentos y soldados” que fulminó los restos del machadismo para instaurar el gobierno revolucionario de la Pentarquía. Esta estuvo integrada por Carbó, Ramón Grau San Martín, Guillermo Portela, Porfirio Franca y José Miguel Irisarri y perduró por apenas una semana, desde el 4 hasta el 10 de septiembre de aquel año. A cargo de la Secretaría de Gobernación, Guerra y Marina, Carbó nombró coronel al futuro dictador Fulgencio Batista⁶, sambenito que colga-

⁶ A propósito, vale la pena recordar la siguiente reflexión de Eduardo Chibás:

En vista de esas renunciaciones, y de que el Ejército no podía continuar acéfalo indefinidamente, Sergio Carbó hizo lo único que se podía hacer bajo esas circunstancias: convencer al sargento Batista, con mucho trabajo, para que aceptara el grado de Coronel. Grau se encontró con ese hecho consumado. Entre tanto, toda la oficialidad se había declarado en huelga y refugiado en el Hotel Nacional donde se hospedaba el Embajador Welles. El Presidente Grau, no obstante, dirigió varios llamamientos a los oficiales no maculados por el Machadato para que se incorporaran a sus puestos. Por otra parte Batista se declaraba dispuesto a renunciar la Jefatura y seguir de sargento si ello era necesario para solucionar el problema, pero los oficiales, intransigentes, pedían a gritos nada menos que el fusilamiento del sargento rebelde, Jefe militar de una revolución triunfante. A fines de septiembre, agotada la paciencia del gobierno, este declaró desertores a los oficiales y nombró una nueva oficialidad: la que tenemos hoy.

¿Qué otra cosa se podía hacer frente a la absurda tozudez de los exoficiales, convencidos de que el Ejército americano

ría del cuello del periodista en años posteriores, cuando el militar comenzara a mostrar su garra autoritaria.

Durante aquella semana, la casa de Carbó fue el escenario en el que se dirimió el destino de Cuba. A través de este, los pentarcas entraron en contacto con miembros del Directorio Estudiantil Universitario y entre todos darían paso al gobierno de Grau San Martín. El último intento de Carbó por participar activamente en política fue la creación del Partido Nacional Revolucionario, desprendido del “autenticismo” de los seguidores de Grau. Tras el fracaso de la agrupación y la torpeza de las administraciones gubernamentales, algunas fuentes biográficas señalan que se retiró de la vida pública y marchó a la provincia de Oriente para dedicarse a negocios agrícolas.

*

En los años sucesivos al mencionado retiro, el pensamiento de Carbó da un nuevo vuelco. Si antes había sido conservador, y luego revolucionario, ahora su filiación estaría más próxima a las tendencias liberales, sin tomar partido por ninguno de los bandos políticos en pugna. En 1937 dejó a un lado la prensa plana para fundar *Aéreo-radiario Nacional*, popular entre los radioyentes por dar voz a las inquietudes de la población. Mientras tanto, su opinión era constantemente consultada en los diarios y revistas de la época, como una fuente de probada autoridad. En la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling, llegó a impartir la asignatura Ética del periodismo.

vendría a fusilar a Batista y a reponerlos a ellos en sus puestos? (“Los gobiernos de Cuba: Grau San Martín”, *Bohemia*, 5 de junio de 1938, p. 102)

Pero sin dudas lo más notable de este periodo de su vida fue la creación del diario *Prensa Libre*, cuya circulación comenzó el 4 de abril de 1941. En el frontón de la primera página, la frase que mejor define la biografía del propio Carbó: “Ni con unos ni con otros: con la República”. Cuba había aprobado una Constitución de avanzada y Batista se impuso en las elecciones contra Grau, en tanto el mundo se sumía en la catástrofe de la guerra predicha años atrás por el periodista cubano. Apegado al estilo sobrio, pero amonestador de la opinión en *Prensa Libre*, Carbó recalcó el carácter relajado de sus conciudadanos ante la gravedad de los problemas sociales, en un texto que llegó a ganar el prestigioso premio Justo de Lara de 1944 y que reseñaba la navidad como un brindis desolador y vulgar “A la salud de Cristo”:

Ah, la Humanidad siempre fue licenciosa y alegre, pero había más espiritualidad, más elegancia en los recuerdos, en las ceremonias, en los símbolos inmortales y en las creencias. No es que seamos más malos; pero sí somos más vulgares. Por el camino que vamos llegaremos al colmo de convertir en baile hasta los entierros, y en ‘arrollar’ hasta con ocasión del óbito de nuestros héroes...

He aquí esta Nochebuena: noche de sangre en los campos de batalla donde cientos de miles de hombres caen en el abismo de la muerte, para que nosotros podamos seguir bailando y seguir comiendo lechón en años venideros... Noche terrible, en que la palabra de Cristo es consuelo de moribundos y esperanza de pueblos esclavos, porque la doctrina publicada por el Galileo, de igualdad y de respeto a

la personalidad humana, de tolerancia y de cooperación, vivifica el dogma de la Democracia...⁷

El éxito del periódico, que superó las cien mil tiradas diarias, y su posición de crítica y equilibrio entre las principales tendencias políticas del momento, le acarrearón a su director una posición sólida en la opinión pública. Su influencia alcanzó, como si de una *signoria* griega se tratara, el destino de varias obras públicas. En 1946 vemos nada menos que a Emilio Roig de Leuchsenring, historiador de La Habana y secretario de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, dirigiéndose en una misiva al Sr. Sergio Carbó para pedirle “su valiosísima cooperación personal y la del periódico bajo su muy acertada dirección”, con objeto de impedir la demolición emprendida por el Ministerio de Obras Públicas de la Iglesia de Paula y el edificio de la Hacienda. Unos años más tarde, su hijo Ulises tuvo a cargo la construcción de la carretera que interconectaba a La Habana con Rancho Boyeros, con aprobación de los gobiernos de Carlos Prío Socarrás y Batista en su segundo mandato. Para 1957, Carbó comenzó a erigir un moderno edificio de seis plantas en la Plaza de la República —hoy Plaza de la Revolución— para trasladar allí la sede de *Prensa Libre*⁸.

La debacle del rotativo, que resistió y combatió a la dictadura batistiana, sobrevino en 1959. El apoyo de *Prensa Libre* y Sergio Carbó al proceso revolucionario no bastó para Fidel Castro, quien desde su llegada al poder

⁷ En *Prensa Libre*, La Habana, 27 de diciembre de 1944.

⁸ En 1965, cuatro años después de desaparecido *Prensa Libre*, la sede fue ocupada por el periódico *Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba.

cimentó las bases de un régimen totalitario en el que no sería admitida la crítica. Una serie de trabajos⁹ firmados por Carbó ese año enjuiciaban las leyes de Confiscación de Bienes y de Reforma Agraria, paladines de la propaganda castrista. La censura y más tarde la expropiación llegaron en mayo de 1960, tras una campaña de difamación llevada a cabo por medios panfletarios autodenominados oficiales, como *Revolución y Ocupación*. Carbó marchó a los Estados Unidos junto a su hijo y su yerno, el periodista y subdirector de *Prensa Libre*, Humberto Medrano. En el exilio, Carbó tuvo un espacio de media hora en la estación Radio Swan. Murió en la ciudad de Miami en 1971, sin volver a ver jamás la Cuba a la que dedicó más de medio siglo de pensamiento y acción.

*

En Sergio Carbó, el hombre de acción se combinó, *rara avis*, con el hombre de pensamiento. Con toda certeza, nunca le interesó pagar esa deuda que, según Francisco Ichaso, había contraído con el público: “la de escribir la obra de ficción que hay derecho a esperar de él”. Seducido por la realidad y la verdad, su personalidad literaria era más bien una consecuencia, casi un remanente, del fascinante mundo de un aventurero intelectual, cuya vida merecería una biografía a lo Stefan Zweig. Conservador, revolucionario, liberal, esa capacidad suya para cambiar de perspectiva en un estado de cosas en constante cambio, le permitió ver más allá de la pasión ideológica y la

⁹ Específicamente en: “Dar trabajo es lo primero” (1ro de marzo), “Con motivo de las confiscaciones” (4 de marzo), “Trabajemos bajo techo” (8 de abril), “Con todos y para todos” (9 de abril), “Tierra” (22 de mayo) y “Observaciones a la Ley” (22 de mayo).

ficción literaria. Así lo hizo en el *Viaje*, en el que el itinerario de costumbre, preparado por la VOKS soviética para cautivar a sus visitantes, no pudo moldear su avidez. Hay un doble sentido en esa búsqueda desprejuiciada de la verdad: se descifra el enigma del estado anómalo, mientras el hombre de Occidente se mira en el espejo del otro. El otro es, muchas veces, nuestro futuro deformado, nuestro presente desatendido, el pasado en tinieblas que nos quema la mirada. Algunas décadas más tarde, y hasta hoy, Cuba se transformará en una Rusia roja, mientras Rusia continúa siendo inalterablemente soberbia, autoritaria y geófaga. La lección de Carbó es magistral: hay que entrar en el mundo de manera incisiva, abisal, para extraerle su savia necesaria. Hay que permanecer, en los hechos, fieles al hecho supremo de la República libre. Esa correspondencia biunívoca con la realidad cifró en todo instante su entendimiento y le ganó para siempre un lugar en nuestra historia.

Mario Ramírez



Fotografía del estudio El Arte, publicada en *Bohemia* el 10 de septiembre de 1933.

MAÑANA Y PASADO MAÑANA¹

¡Otra vez de regreso a la patria! ¡Dos meses lejos, escuchando, como Ulises, los aullidos de la costa lejana!² Como olas rumorosas, periódicamente llegaban a mi retiro las voces de los hombres de mi tierra, de mi pobre tierra conturbada y sacudida por este cataclismo de baja política que paraliza y macula la vida nacional. Unas hablaban en nombre de derechos imprescriptibles, establecidos por los grandes ciudadanos para que los gozaran, por siempre, los grandes y los pequeños. La Constitución de la República fue una suprema póliza de seguros para garantizar nuestras vidas y nuestras libertades, cualesquiera que fueran las circunstancias por que atravesásemos en el porvenir. Bien cara la pagamos, por cierto. Otras voces hablaban en nombre de un ídolo, de un culto nuevo que se entronizara hace cosa de cinco años. Cuba continúa sin querer prosternarse. Aun desde el extranjero se escucha el rumor enérgico de un pueblo que no renuncia a continuar permaneciendo de pie...

Y que está ahora más erecto que nunca.

*

¡La insidia, la insidia! ¡Los malos cubanos, cuyas lenguas deben ser cortadas de raíz, para arrojárselas a los perros de la ira y de la venganza! ¡Los perturbadores del orden!

¹ Este artículo y el siguiente se publicaron en la sección de *La Semana* "Majaderías del Director", conducida, como su título lo indica, por el propio Carbó.

² Carbó, como se anuncia desde la portada de este número de *La Semana*, se encontraba de visita en Estados Unidos.

¡Los enemigos de la patria! ¡La conjura del despacho!
¡Los miserables arteros que en la sombra sacuden el árbol de las instituciones! ¿Qué casta nueva de traidores ha puesto su planta abyecta en el suelo bien amado a ciencia y paciencia de los que estamos dispuestos a morir para defenderlo, desde Carlos Manuel de Céspedes y Joaquín de Agüero hasta el General Machado? ¿Cuál es el avieso plan con que los crueles patricidas pretenden derrumbar el sueño plasmado de José Martí? Los sabuesos de la policía, esa misma policía que asaltó periódicos y acusó sin pruebas —hace un año, exactamente, por esta fecha *La Semana* fue violentada, sin mandamiento judicial, en medio de un amargo desamparo³— han sorprendido los documentos de la “mafia” criolla, condenada al fuego por la bien alimentada minoría oligárquica. He aquí algunas de sus odiosas exigencias, que reproducimos a título confidencial:

A.— Restablecimiento del Código Crowder⁴, reor-

³ En septiembre de 1929, el editorial de Carbó titulado “¡Gloria a los extranjeros!” provocó la ira de Gerardo Machado. En el texto, el periodista criticaba al gobierno por la pasividad mostrada al aceptar el aumento del arancel de la azúcar criolla que ingresaba en Estados Unidos. A partir de aquí comenzó una cacería al periódico que concluyó el lunes 10 de septiembre, cuando la Policía Nacional intervino la redacción de *La Semana*. Dos redactores fueron detenidos y obligados a abandonar la isla; Carbó se fue en un aeroplano para Miami. (Fuente: *La prensa cubana y el machadato. Un acercamiento a la relación prensa-poder*, de Edel Lima Sarmiento, Ciencias Sociales, La Habana, 2019).

⁴ O Ley Electoral, elaborada en 1919 por el enviado y luego embajador de Estados Unidos en la isla, Enoch Crowder, bajo el mandato del conservador Mario García Menocal. Machado introdujo modificaciones a la ley para forzar su reelección en 1928. Para 1930, el des-

ganización de los partidos, libre inscripción de los grupos ciudadanos en las elecciones.

B.— Abolición inmediata de la prórroga de poderes, que funciona de facto, en composición con las leyes vigentes.

C.— Restablecimiento de la antigua Constitución, la buena, la auténtica, la legítima, la que aceptamos todos los cubanos sin presión de ninguna clase.

D.— Libertad de pensamiento.

E.— Buena administración, es decir, equilibrio entre los ingresos naturales del Tesoro con los gastos públicos, haciendo que cese la ruinoso política de los empréstitos y los financiamientos, que tienden a mermar rápidamente nuestra soberanía; modernamente se entiende por soberanía no la banderita izada en un edificio público, sino la independencia económica.

En esto estriba el control insidioso de los malos cubanos, de los enemigos de la patria, de los alborotadores despechados que, según rumores, incurren además en la terrible desvergüenza de querer gobernar, insolencia que tanto les critican los que quieren seguir haciéndolo seis años más.

Pues bien, turiferarios del Todopoderoso: ¡un “mal” cubano más, un “mal” cubano de siempre —cuando todavía, para infortunio de la patria, eran muy escasos los “malos cubanos”— acaba de desembarcar por el *Morro Castle*!

contenido social hacia su mandato será irreversible, lo que convierte magistralmente en ironía Carbó.

*

Los pueblos crecen de noche, como los árboles, como los niños. En estas épocas turbia de regresión oficial, en que la democracia se esconde tras la cortina de humo de los discursos y de las fanfarronadas, el alma de los pueblos se cristaliza al abrigo del silencio y del sufrimiento. Y mientras los tribunos tascan la mordaza y los pretorianos elevan la copa en el festín, apoyados en las armas deleznable de la fuerza sin razón, los pueblos elevan sus voces interiores, que rara vez escuchan los reformadores de constituciones.

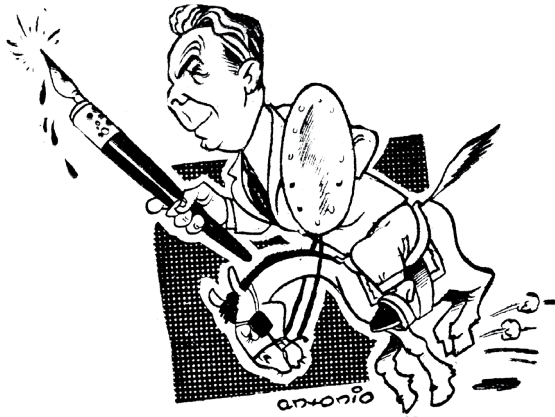
Pero esas son las voces que manda. El egregio Varona se equivocó cuando dijo que la conciencia nacional estaba muerta. También los volcanes parecen muertos al apuntar el día antes del día después. Nunca jamás las multitudes republicanas en nuestro país han visto más diáfananamente sus destinos que ahora. La unanimidad de aspiraciones es tan perfecta, que aún los músicos de la charanga áulica nos hacen señas desde el tablado de la farsa, dándonos a entender que de alguna manera tienen que seguir cumpliendo, cinco minutos más, su triste papel...

Todavía es de noche, pero ya entramos en la hermosa madrugada de un nuevo día. YA SOMOS NOSOTROS, LOS PERSEGUIDOS, QUIENES COMENZAMOS A SENTIR LA RESPONSABILIDAD DE UNA NUEVA ÉPOCA QUE ESTÁ A PUNTO DE INICIARSE. Ahora, en estos instantes supremos en que los murciélagos comienzan a aletear en pos de las fugitivas sombras, somos nosotros, los supervivientes de la gran lucha nocturna, quienes estamos en la obligación de cumplir y de hacer cumplir el programa de la reivindicación cívica, que hoy es una bandera de oposición, pero que mañana, cuando

las campanas anuncien la pacífica y definitiva victoria, será una bandera de reconstrucción.

¡Mañana! Ya la luz está próxima. Las voces interiores, desarrolladas en la noche, están a punto de elevar su cántico sonoro. Pero pasado mañana... ¡Ese es el día de prueba, en que harán falta más que nunca los cerebros claros y los altos corazones!

(*La Semana*, número 252, 1 de octubre de 1930)



Carbó visto por el caricaturista Antonio. Las caricaturas en este libro pertenecen al número de *Prensa Libre* del 8 de enero de 1949. Para la ocasión de un homenaje de la Asociación de Reporters a Carbó, los caricaturistas se adherieron con visiones de las distintas facetas en la vida del periodista.

AÚN ES TIEMPO

La batalla de la prensa cultural ha sido coronada por el más legítimo laurel. Hoy hace veintiún días que salió a la luz el último número de *La Semana*, para cerrar inmediatamente sus puertas sin reparar en los perjuicios tremendos que ello nos irrogó, como señal de protesta contra “la mal llamada censura previa” establecida por las autoridades⁵. Por primera vez en nuestra vida republicana

⁵ En octubre de 1930, el país era un caos y el régimen de Machado comenzaba a tambalear. Tras las protestas de los estudiantes de la Universidad de La Habana, el 30 de septiembre, y la muerte, a manos de la policía, de Rafael Trejo, estudiante de Derecho de sólo 20 años de edad, la prensa opositora atizó los estados negativos de la opinión pública respecto al dictador. El 2 de octubre, Machado estableció la censura previa, nombrando censores a dos exdirectores de periódicos de su confianza: Ramiro Mañalich y Desiderio Ferreira. El día 7, incluso, *La Semana*, por orden de Carbó, burló la censura adelantando la tirada y llegando a distribuir 20 mil ejemplares en la capital, lo que provocó que las fuerzas públicas se dedicaran a confiscar la revista por toda la ciudad. En el proceso hubo trifulcas, y en una de ellas, frente a la sede del semanario, fue herido de bala un niño vendedor de periódicos. En noviembre la situación se agravó, con revueltas y elecciones clasificadas por la prensa como fraudulentas y pro régimen, lo que llevó a Machado a decretar el estado de guerra y anular las garantías constitucionales. En la noche del día 12, una orden de la policía obligaba a los periódicos a entregar dos ejemplares a la Secretaría de Gobernación, como requisito para circular al otro día. *La Semana* estuvo entre las publicaciones que se negaron y cerraron sus redacciones. Este artículo pertenece al primer número de la revista en salir, luego de reestablecida la normalidad, en diciembre. (Fuente: *La prensa cubana y el machadato. Un acercamiento a la relación prensa-poder*, de Edel Lima Sarmiento, Ciencias Sociales, La Habana, 2019).

todos los periódicos importantes actuaron con perfecta unanimidad en una causa de dignidad profesional. Y ahí está el resultado, para ejemplo de los remisos y de los que buscan remedios infalibles: *l'union fait la force*.

*

La vida nacional es una fuente intermitente de emociones; parece que todo obedece a un ciclo neurasténico de acuerdo con una curva perfectamente definida. Después de un paroxismo desaforado de violencia, una laguna de laxitud, de calma chicha durante la cual el gobierno se muestra propicio a todas las transigencias, en que el presidente Machado se dispone —como dice él en su lenguaje incomprensible de señor feudal— “a conceder libertades”. Ante la firmeza inquebrantable de un pueblo que se niega a ser tiranizado, el aspirante a Sumo Pontífice parece convencerse de que las amenazas nada resuelven, de que la fuerza terrorífica de las bayonetas y de las órdenes de prisión no son adecuados instrumentos de gobierno; y entonces cambia de táctica como un aeroplano cambia de rumbo con un solo golpe de timón para presentarnos el panorama risueño de una república platoniana donde la dulzura impera, donde cada cual es amo de su vida, donde a todos nos cubre por igual la tienda de las leyes...

Pero con tal motivo surge el conflicto inmediatamente: en la ideología presidencial no cabe el pensamiento, tan lógico, de que nadie cree una palabra de las rectificaciones prometidas. Lo que en otro gobernante de sólidos antecedentes jurídicos pudiera estimarse como un procedimiento sincero y una resolución generosa e inquebrantable, en él se considera como una habilidosa treta política, semejante a la del boxeador que se finge *groggy*

para tomar aliento y demoler por sorpresa a su contrario. El lobo de la Caperucita Roja se fingía enferma “para devorarte mejor”, según la frase inolvidable que vibra en nuestros recuerdos de la infancia. Siendo la conminación, el anatema y la intransigencia lo que ha caracterizado la situación imperante desde su toma de posesión, una política serena y democrática adoptada sin transición inspira a las multitudes honda desconfianza, y autoriza a algunos legisladores —probablemente sin razón científica— a pensar en estados patológicos. Estamos atravesando uno de esos momentos indeterminados en que los perseguidos no se atreven a salir a la calle temiendo oscuras represalias, en que la restitución de las garantías constitucionales —para el pueblo, tan castigado y tan defraudado— asume las apariencias de un cepo armado donde caerán trágicamente los incautos optimistas...

¡Es triste que las cosas sucedan así, pero tal es la verdad! Ahora, ante la actitud reservada y hostil de los “sediciosos”, de los “enemigos del orden” y de “los perturbadores del oficio”, que no cejarán en su campaña contra el régimen, el General Machado montará de nuevo en cólera, fulminando con la policía a los que, de acuerdo con el criterio áulico, deberían confiar ciegamente en las puras intenciones con que se ha revestido el gobierno de unos días a esta parte. ¡Y volverán las prisiones, y las listas de prescripción, y las cargas de caballería, todo lo que personalizaba la normalidad de nuestra existencia tormentosa y cruenta, vivida entre correr de ambulancias y miserable murmurar de confidentes! ¡Volverán todas las oscuras golondrinas del odio y del unipersonalismo administrativo, todo por culpa de quien juró y prometió sin tregua, desmintiéndose con la acción ante un pueblo

manso que lo creía todo, y que tiene razón ya para no creer nada!

Todo volverá, menos la fe, que no se puede reconstruir por decreto...

*

Cambio de gabinete... ya ¿para qué? Reorganización de los partidos... ¡Ah, si lo hubieran hecho antes de las últimas bochornosas elecciones! Retirada de los soldados de la Universidad, autonomía universitaria, renuncia de ese Martínez Prieto... ¡Qué lástima no haber tomado tan sabias medidas antes de los planazos sangrientos, antes de la rebeldía indignada de los estudiantes ofendidos! Amnistía para los “sediciosos” procesados... ¿Pero es que se piensa por un momento que los que se lanzaron a defender una causa hermosa, ahora, después de ser amnistiados, van a abandonar sus ideales, en aras de los cuales se expusieron a todos los peligros?

El gobierno, gastado y quebrantado hasta los cimientos, ha comprobado de manera indubitable su tremenda impopularidad. La mordaza y el tolete no dieron el resultado apetecido. Después de que el teniente Calvo ha acusado sin piedad a todas las personas decentes y que los políticos se han burlado con crueldad de la ciudadanía, despachándose a su gusto en unas elecciones sin partido de oposición, los implacables mandatarios —¡siempre, aunque no queramos, tenemos que caer en Machado, porque él lo ha regido todo, lo ha intervenido todo, se ha declarado responsable de todo!— y después de que la angustia y el hambre han herido el hogar cubano por culpa de unos gobernantes que derrocharon sin tasa, AHORA, atropelladamente, se quiere dar marcha atrás, como en

un navío que se arroja sobre la marcha en una noche de galerna.

Pero ya estamos sobre el arrecife, y el casco hace agua por todas partes. Es demasiado tarde ya. Para salvar la nave machadista era preciso echar por la borda no sólo el gabinete, no sólo la violencia, sino los pesadísimos fardos del plebiscito, de la reforma constitucional y de la prórroga y la reelección.

¡Si es verdad que “el valor está con usted”, ánimo, General, y dele el pecho a esa solución grandiosa, para la cual es menester el valor sereno de los auténticos rectificadores!

(La Semana, número 259, 3 de diciembre de 1930)



Carbó visto por el caricaturista Vidal.

EL PISTOLERO DEL AZÚCAR⁶

America for the americans! Con estas cuatro palabras voraces —cuatro jinetes del imperialismo de allende el océano— un secretario de Estado yanqui, Mr. Elihu Root, sintetizó la famosa doctrina de Monroe, enunciada en los comienzos del llamado Siglo de las Luces. Y como la calificación de “americanos”, según el criterio peregrino de los estadounidenses, les corresponde a ellos con exclusividad de todos los demás pobladores del inmenso continente que Colón descubriera y que la savia española, antes que ninguna otra savia, vivificara, son ellos, mejor dicho, su desconsiderada plutocracia, quien pretende apropiarse el privilegio bárbarico de la explotación y de la expoliación de América, empleando procedimientos variadísimos, como no los soñaron jamás los conquistadores.

En Norteamérica prevalece el criterio inaceptable de que tanto en negocios como en política el fin justifica los medios: *by hook or crook* ha llegado a ser un slogan popular en los estados mayores de las insaciables Compañías. La ingente montaña de oro plutocrática — que ya comienza a agrietarse— debe ser engrosada hasta el infinito, triturando cráneos y libertades. Y es así que la bullente humanidad que habita en los pródigos territorios extendidos desde las márgenes meridionales del río Grande hasta los solitarios promontorios del cabo de Hornos, se niega, cada vez con más determinación, a ser

⁶ El primero de una serie de seis artículos publicados en *Heraldo de Madrid*, luego de su exilio a España. Los artículos, todos antimachadistas, eran firmados por Carbó y Octavio Seigle, “delegados de la Revolución”, en una columna titulada “La tragedia cubana”.

uncida bajo semejante yugo. Es así también —y el declararlo es justicia— que la gran masa del pueblo de los Estados Unidos, víctima de los mismos vampiros conacionales, repudia con vigor tales métodos despiadados y absorbentes. En los periódicos de mayor circulación y en los hemiciclos del Congreso washingtoniano se han librado encarnizadas batallas contra la abominable Banca internacional de Wall Street, tercamente atrincherada tras el Poder ejecutivo, anacrónico y cavernario en lo que se refiere a la ciencia política universal. A continuación del aparatoso viaje de “buena voluntad” realizado por Mr. Hoover en un barco de guerra a lo largo de Hispanoamérica “todos los Gobiernos por él visitados fueron, sin excepción, derrocados dentro de los dos años siguientes”. ¡Esto quiere decir algo!

Las más poderosas Empresas industriales operan, en el interior, como en el exterior, a través de pandilleros asalariados y mortíferos, cuya escandalosa impunidad está garantizada por la coraza del dinero y por la gestión tortuosa de ciertos encopetados jueces y severísimos magistrados de la gran República. Estos pandilleros, cuyas fechorías han espantado al Mundo, toman el nombre de *gangsters* y de *rackteers*, cuando el campo de sus actividades se reduce a los límites de la Unión; pero cuando operan en los inquietos y pródigos ámbitos de la América española los pandilleros taimados y feroces del azúcar, del estaño, del salitre, de la electricidad y del dólar rapaz en sus irisadas e innumerables apariencias toman el nombre pomposo de “dictadores”.

Es un secreto a voces; por ejemplo, quo Al *Scarface* Capone descargaba sus ametralladoras como campeón de una fuerte Empresa ferrocarrilera; De Vito, el señor

de Brooklyn, cobró en 1930, por servicios prestados a determinada Empresa —según datos aportados por la investigación federal— la suma de 600.000 dólares. A unos pandilleros les pagan precios ajustados por cantidad de obra; a otros —he aquí el caso de los déspotas troglodíticos que aún quedan en nuestra América— les dan “manos libres” en el botín, refaccionándolos y armándolos previamente para que puedan llevar con dignidad su sagrada investidura de bandoleros proconsulares. No somos nosotros los que descorremos el velo de sistema tan sombrío; son los mismos norteamericanos quienes lo denuncian. Mr. Thomas W. Lamont, socio principal de la casa de Morgan —y corresponsable de muchas pillerías en el globo— calificó a los *rackteers* financieros como “asesinos de la buena voluntad que debiera existir entre los pueblos. ¿Se explica ahora el público que aún ignora tales cosas cuál es la causa primera de la rebeldía antigubernamental, endémica y devoradora, de tantos pueblos inteligentes y bravos del otro lado de los abismos? ¿Se explica ahora también la creciente animadversión antiyanqui, casi rayana en odio, de aquellas masas instintivas que un día se sublevaron contra España Imperial creyendo terminar para siempre el vía-crucis de la servidumbre económica y civil?

En lo que a Cuba respecta —nosotros venimos en el nombre de su auténtica liberación— la doctrina de Monroe fue incorporada a la primera Constitución en forma tácitamente conminatoria, con fuerza contractual y con obligaciones unilaterales: este cordón umbilical inextirpado por donde se nos va la riqueza, por donde nos lleva el veneno, se llama enmienda Platt. El *rackteer* de las poderosas Compañías —para abreviar la historia, que es

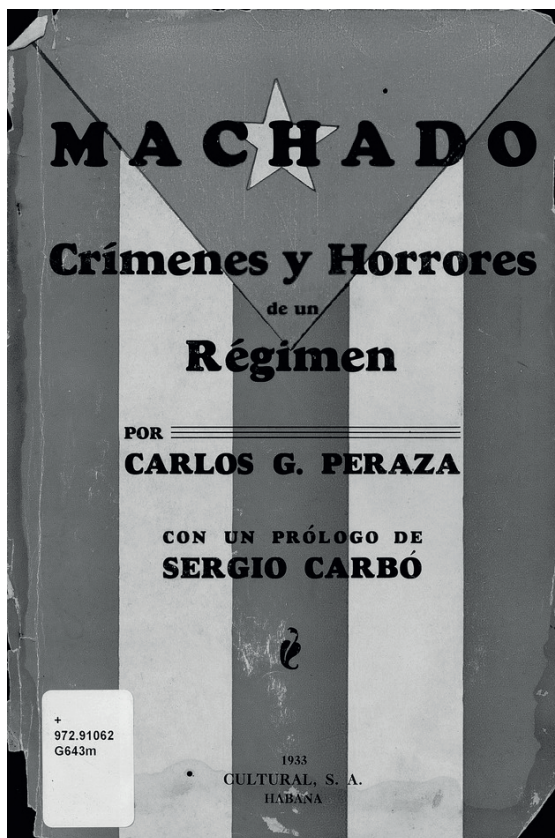
muy larga— ha llegado al límite más vergonzoso y desesperante con el entronizamiento en la Presidencia del general Machado, empleado subalterno de los intereses eléctricos norteamericanos en nuestra patria. Caro estamos pagando la generosidad de los *rough riders* que, comandados por Teddy Roosevelt, galoparon hace treinta y cuatro años en la loma de San Juan. Medio millón de dólares costó al Trust Eléctrico la sorprendente promoción; pero debemos convenir en que el agente retribuyó con creces el desembolso y cumplió con exceso el programa que sus patronos le trazaron; de tal manera, que ante la *degringolade* inevitable del azúcar, el Trust Azucarero, otro terrible cefalópodo internacional, lo tomó a su servicio, incorporándolo como uno de sus tentáculos: necesitaba atenuar las pérdidas con un oportuno y sanguinario “quebrantador de huelgas” que, látigo en mano, forzase a los obreros de la colonia cubana a trabajar por la comida, doblados hasta agonizar sobre la palanca y sobre el surco para producir el dulce fruto a los precios más reducidos que registran los anales del mercado.

Machado ha sido el instrumento de nuestra explotación dolorosísima. Por su bien retribuida mediación la Banca extranjera que financia el azúcar y la electricidad nos desembarcó violentamente un cargamento de millones triturantes. El Capitolio costó veinte —incluidos los márgenes—; es decir, seis millones más que el Capitolio de Washington. La cacareada y ya ruinosa carretera central —esa misma construcción cuesta en los Estados Unidos, donde los jornales son elevadísimos, menos de cincuenta mil pesos la milla— fue pagada y será pagada por nuestras actuales y futuras generaciones a razón de ciento cincuenta mil. Nos echó encima, con empréstitos

sucesivos, una deuda exterior de 270 millones de dólares. Ejerciendo su absolutismo subalterno con el hierro aleroso y con la calderilla corruptora —¿habéis oído hablar alguna vez del Congreso cubano?— se encumbró en la riquísima satrapía. Abolidos todos los derechos humanos y democráticos, Cuba se ha convertido en Machadonia, según la expresión de nuestro Fernando Ortiz. Aquello es una vorágine dantesca de persecución, de ilegitimidad y de muerte, españoles, como vosotros no podéis imaginar. Los galeones de plata perulera no hubieran podido transportar hoy la quinta parte del botín bifurcado sobre Wall Street y sobre las cajas de Machado y de sus cómplices, mientras la pobre bandera —lugar común de fementidos discursos patriotericos— flota en calada en las mazmorras del tormento y del asesinato. Voluntad única: la del oligarca. Programa. único: quedarse en el Poder indefinidamente. Ley única: la “ley de fugas”...

He aquí, españoles, la genealogía comprimida de la sangrienta dictadura de Gerardo Machado y Morales, nuestro azote, que por sus hazañas inauditas ha merecido el justo remoquete de “Pistolero del Azúcar”.

(Heraldo de Madrid, 13 de julio de 1932)



Cubierta (en escala de grises) del libro *Machado. Crímenes y horrores de un régimen* (Cultural, S. A., La Habana, 1933), de Carlos G. Peraza, para quien Carbó escribió el prólogo “Palabras de un revolucionario”.

¡CON MACHADO NADA!

Con Machado, nada. La Revolución tiene un objetivo: la demolición del sistema corrompido, para reconstruir en su lugar otro sistema decente, dentro del cual sea técnicamente imposible el resurgimiento de una pandilla sanguinaria como la que nos oprime. Vivimos un momento terrible, en que la canalla se ha posesionado del poder y de las armas, y el pueblo, expoliado y perseguido, lucha desesperadamente por reconquistar su libertad; en esencia, la revolución no es más que eso: la reacción del pueblo contra la canalla, que se ha sublevado contra la República. Machado capitanea esta gavilla de facinerosos, y debe ser castigado el primero.

Como todos los tiranuelos de Nuestra América, su norma —que no ha logrado implantar jamás— es el “orden”: orden de presidio, silencio con mordaza de terror, tranquilidad en las calles y tumulto angustioso en los corazones. Nuestra finalidad es la verdadera paz, a la cual no se puede llegar sino por el camino de la justicia. La sangre de más de dos mil mártires no puede enjugarse con mojiganga electorera y “un velo de olvido”, como pretende la sensiblería precavida de algunos monjes disfrazados de patrioterros; es preciso, para restablecer la paz, antes que ninguna otra cosa, la desaparición de los degradados poderes “de Facto” y el castigo de los verdugos. Quien no comprenda así nuestra tragedia nacional es un mal patriota. Quien aviesamente se preste a confesiones derrotistas en nombre de un patriotismo estéril y cobarde, alardeando de opositor es menos que un mal patriota: es un desertor de la ciudadanía, un agente provocador a las órdenes de autócrata.

¡Con Machado, nada!

Se murmura de mediaciones, de componendas “amistosas”... a base de la inevitable permanencia en el poder de los que ordenaron el asesinato de Armando André, del general Peraza⁷, de los Freyre de Andrade, de los Aguiar, de los Floro Pérez, de los Pío Álvarez, de los Rubiera... ya conocemos esa vieja historia: el último que nos la contó fue Guggenheim. ¡Avenecios con Machado, “alrededor de una mesa redonda”! ¡Otra vez la jugada hipócrita de las reformas constitucionales, de las reformas de los códigos, bajo la premisa invariable “que se quede Machado”! ¡Cómo apesta todo esto a Wall Street, siempre junto a los déspotas que brutalizan a los pueblos, siempre en contra del derecho de nuestros pueblos! En la obsesionante búsqueda de una “fórmula legal” a estos “mediadores” mediocres y rutinarios no se le ocurre jamás despejar la incógnita con la simple renuncia de un gobernante culpable, sino con la renuncia imposible e injusta de una revolución a su programa; o lo que es lo mismo, la soberanía personal del autócrata por encima de la soberanía del pueblo cubano —reconocida por Welles para regir sus propios destinos. ¿Es que no comprenden, o lo que es peor: que no quieren comprender que lo único estrictamente legal en este pudridero de ilegitimidad y de crímenes es la retirada incondicional de los poderes “de facto”? Nuestro país ha resuelto arrancarse de encima, por la fuerza, después de haber ensayado infructuosa-

⁷ Francisco Peraza, general libertador y director del periódico *Unión Nacionalista*. No se debe confundir con Carlos G. Peraza, para quien Carbó escribió el prólogo “Palabras de un revolucionario”, en el libro *Machado. Crímenes y horrores de un régimen* (Cultural, S. A., La Habana, 1933).

mente con el derecho, la serpiente venenosa que lo devora y estrangula, y se la arrancará. Esta lucha no pertenece a los que quieren traficar con los muertos, sino a los que saben morir. Esta no es la revolución de los que regatean y transan, sino la revolución de los que mueren...

Nadie que tenga vergüenza y conozca bien sus intereses cívicos y económicos vacilará, conciudadanos, sobre la resolución inquebrantable que nos ha de conducir históricamente al éxito: el pueblo, derrotado durante tantos años tristes, necesita un poco de victoria. Otra vez el carnicero opresor, sintiendo flaquear sus resortes bajo el martillazo incesante de la indomable oposición, se agarra de un clavo ardiendo y pide por mediación de sus lacayos de Frac, una “conferencia de mesa redonda”. Para impresionar a los espíritus débiles, bufa intransigentemente su resolución de “quedarse”, entona conmovedoras promesas con su boca perjura y bajo cuerda da a entender que provocará una intervención armada contra la soberanía popular, que pide su inmediato procesamiento y su castigo. Pero no habrá intervención americana, conciudadanos. Más poderosa que los bastardos intereses de los expoliadores de naciones pequeñas es la conciencia del mundo entero, la conciencia —exteriorizada ya por su prensa— del pueblo de Norteamérica, que leyó con espanto el relato de Phillips, testigo presencial del martirio de los hermanos Valdés Daussá a manos de la Porra. No habrá intervención, porque Mr. Franklin D. Roosevelt no puede, sin ser un monstruo apóstata de su propia doctrina, ejercer el odioso derecho del más fuerte para favorecer los castigos de un loco furioso contra la repulsa consciente y los caprichos de una nacionalidad. Aunque se empeña el déspota y así lo afirman los épigo-

nos despreciables a Cuba, que defienden su cultura y su vida, no dirán los martirios de Nicaragua, el precio del azúcar no puede batirse, en repulsiva mezcolanza, con la sangre heroica de nuestra juventud. La revolución se sentará a la mesa cuadrada de la justicia cuando los torturadores de Atarés, con su jefe nato a la cabeza, estén en la cárcel, sino se han fugado ya. La Revolución quiere sistemas nuevos y hombres nuevos. La revolución quiere convención constituyente y elecciones puras, pero convocadas por un gobierno de cubanos decentes, no por un Katipunán de porristas. Y lo conseguirá, por la defensa implacable de su derecho que nadie osará arrebatarse.

¡Pueblo soberano, adelante: contigo, que sufres y que luchas hasta la victoria, todo!

¡Con Machado, nada!

(Manifiesto impreso firmado por Sergio Carbó. [s.e.]: La Habana, 15 de junio de 1933)

CÓMO Y POR CULPA DE QUIÉNES CAYÓ GRAU SAN MARTÍN

En la última edición de este popularísimo semanario aparece un artículo⁸, último de una serie por lo que veo, a lo

⁸ Se refiere a “La verdad de lo ocurrido desde el 4 de Septiembre”, serie de artículos firmada por Rubén León que apareció en *Bohemia* en los números del 4, 11 y 25 de febrero, y del 4 y 18 de marzo de 1934. En la presentación de la serie, la revista adjuntó una nota que decía lo siguiente:

Rubén de León, *leader* estudiantil que desde los primeros tiempos sufrió persecuciones y encarcelamientos, vejámenes y peligros, se responsabilizó —siguiendo las orientaciones de la mayoría del Directorio Estudiantil— con el movimiento del cuatro de Septiembre y con el subsiguiente gobierno del Dr. Grau San Martín.

Figura dinámica, personalidad activa, sincero espíritu de acometividad, Rubén de León tuvo oportunidad de intervenir o de presenciar desde muy cerca, el desenvolvimiento de los múltiples sucesos que ocupan el ciclo de la Historia de Cuba comprendido entre el cuatro de Septiembre y esta fecha.

Bohemia, que se ha empeñado en la ardua labor de ir fijando puntos y precisando detalles de valor histórico indiscutible, ha acudido al destacado *leader*, demandando de él su veraz testimonio de tales hechos. Pero Rubén de León está preparando un libro, un libro sumamente interesante, porque comprenderá todo el proceso de su ejecutoria desde los días lejanos y nebulosos en que se inició la lucha del estudiantado contra la Fiera, hasta el momento actual, pasando por todo el proceso de la época en que la Universidad fue gobierno. Y ha llevado su gentileza hasta el extremo de conceder a *Bohemia* algunos de los valiosos capítulos de lo que será su obra, que, con el título de *La Universidad y la Revolución*, será

largo de la cual el señor Rubén de León, apolítico *enragé* y ahora pontífice máximo de un nuevo partido, asume el papel de supremo juez en cuestiones revolucionarias,

próximamente editada y contendrá numerosos detalles, pertenecientes al período en cuestión.

No tenemos que explicar a nuestros lectores el valor y la importancia que este testimonio de Rubén de León tiene a los efectos de precisar la intimidad de los acontecimientos de que ha sido escenario Cuba. La gallarda figura del leader estudiantil es sobrada y ventajosamente conocida de uno al otro confin de la Isla y ello, junto a la intervención que tuviera, unido al doctor Grau, en las orientaciones del gobierno, hacen que justamente, se le coloque en el plano de ser quizás si la persona mejor enterada en Cuba de todo el proceso de gobierno que hizo crisis el 15 de enero.

En el artículo del 18 de marzo, *Bohemia* anuncia que

Rubén de León ha marchado al interior de la república en viaje político y con la finalidad de preparar y orientar los organismos municipales del partido en que milita. A su regreso a la capital de la república, volverá Rubén de León a colaborar en *Bohemia* con artículos pletóricos de interesantísimos detalles.

Por tal razón podemos suponer que Carbó esperó a que el líder estudiantil concluyera su serie para publicar, en el número siguiente de la misma revista, este artículo a modo de respuesta. Sin embargo, la polémica continuó en el número del 1 de abril, con el conocido artículo “Septembrismo”, de Antonio Guiteras y una carta del propio Rubén de León a Carbó. A esta le siguió la carta de Rafael Trejo —padre del estudiante asesinado por la policía en las protestas antimachadistas del 30 de septiembre de 1930— dirigida a Carbó en la edición del 8 de abril. Esquivando estas airadas respuestas, pero ahondando en el tema y en su posición al respecto, Carbó publica en la próxima *Bohemia*, del 15 de abril, el artículo “La Revolución se muere; salvemos la Revolución”.

historiando a su manera el golpe del 4 de Septiembre y lanzando veredictos jupiterinos como es de rigor que lo haga todo el que se cree en posesión absoluta de la verdad y la acapara como una exclusiva parafernalia.

Después de la caída de Machado, sustituido por una confusión de valores en que las lenguas mendaces han sido las armas más activas, nada me extraña ni nada me asombra. El tener una historia de combate y de sacrificio incesante es la más imperdonable de las provocaciones en estos días oscuros que vivimos; la popularidad es el peor de los crímenes y el que ha pasado sin mancharse sobre el pantano, como la sombra, horro de ambiciones bastardas, dándolo todo a cambio de la vaporosa satisfacción de haber cumplido con la patria sin cobrar nada por ello, es un tipo desclasificado, a quien los envidiosos de posiciones y de gloria no pueden soportar. En los tiempos de Esparta, más sinceros que nuestros tiempos, se les condenaba al ostracismo, para que purgasen el delito de ser demasiado decentes y demasiado celebrados. Cuando la Revolución Francesa —Dantón, el Alcalde Bailly— se les colgaba de los faroles, después de acusarlos de “traidores”, y se les guillotina: en nuestras latitudes, más cobardes, más pérfidas, la amargura del prestigio ajeno se manifiesta por la difamación. Yo he sentido de cerca esta ola asfixiante de gas ponzoñoso y a fuerza de respirarlo estoy inmunizado ya. Nada me sorprende. Bien merecido me lo tengo, por haber arrojado en la hoguera no ya la fortuna, no ya la propia vida, que se pierde en un instante de una vez y para siempre: sino el propio corazón, todo el corazón, que sobrevive y que sangra. El pueblo anónimo que me ha seguido con los ojos a lo largo de mi accidentada trayectoria, el “sector invisible” de los que sufren

sin divisa ni aspiración material las intransigencias de los otros sectores en que se ha desguzado la patria, del cual soy prisionero y al que defendí y defenderé siempre en la medida escasa de mis fuerzas, conoce este pequeño calvario y me comprende hasta el fondo. Es mi único galardón, que nada ni nadie podrá arrebatarme.

Y vamos ahora al eje de la cuestión: en el trabajo de referencia —que firma el estudiante León— se hacen algunas apreciaciones ligeras y desconsideradas que, por lo falsas y por lo que lesionan la realidad histórica, más respetable que mi propia realidad personal, deseo rectificar cuanto antes.

Después de una tediosa relación, donde el señor León escribe lo que le place y cita a quien le interesa, señalándose a sí mismo como al Mesías redivivo, cortando ciertos diálogos interesantes de los cuales parece no querer acordarse, afirma o parece afirmar que la candidatura de Hevia, la cual yo defendí, pero que no inicié por cierto, fue una “imposición militar”. Eso es falso.

Ante la renuncia inesperada de Grau San Martín, presentada sin contar con los hombres que lo habían exaltado y lo habían defendido denodadamente, la solución Hevia fue presentada y llevada adelante contra la voluntad de Batista, expresada ya a favor de Mendieta, como una maniobra desesperada para salvar los principios del Cuatro de Septiembre. De esta afirmación pueden responder los señores Reinaldo Jordán, E. Fernández, Fernández de Velasco, ex-secretario de Trabajo, Dr. Irisarri, y otros muchos que estaban presentes en aquellos momentos vibrantes, entre los cuales figura el propio Sr. Carlos Hevia, cuyo silencio, ante esta afirmación que nada le honra, atribuyo a no haber leído hasta el final la prosa de León.

A pesar de que el valor moral es planta exótica en los días grises que transcurren, confío en que las personas mencionadas no osarán desmentirme, aunque no ratifiquen públicamente lo que digo, que sería demasiado pedir. Los Dres. Carrera Jústiz, Luis Almagro y el Ingeniero Beola, pueden dar fe de lo que allí ocurrió, puesto que también fueron de los primeros en enterarse.

Por antiguos vínculos en la lucha, por espíritu de justicia, tengo la seguridad de que ellos dirán la verdad, desmintiendo la audaz afirmación del altisonante Herodoto que falta a la verdad cuando dice que la candidatura de Hevia fue una imposición militar. Es más: el señor Enrique Fernández, Fernández de Velasco y yo fuimos los primeros que llegamos al Campamento de Columbia, y los primeros también en combatir la pretensión del Coronel Batista (a quien Grau había hablado ya de su renuncia antes que a nadie), de propiciar la fórmula Mendieta como única para resolver el problema de la paz. Acaso el doctor Grau estimó llegado el instante a que se refiere el articulista, cuando le manifestó “que si la única fórmula para pacificar los ánimos y dar tranquilidad a la isla era que él entregara la Presidencia a otro revolucionario, no esperaría a febrero ni a mayo para retirarse”. ¡Por eso, ante su peligrosa retirada, los que habíamos dado el pecho en los peores momentos, nos apresuramos a seleccionar a un hombre del 4 de septiembre, antes de dejar caer a la República vacilante en el caos de la anarquía y de la posible guerra civil!

Falta León a la verdad cuando afirma que “Batista no estaba solo: estaba acompañado por Carbó y Lucilo de la Peña, que tomaron participación aquella noche en la caída de Grau”. Grau había renunciado ya, destruido por

sus palaciegos, hecho polvo por los “apolíticos”, abandonado oficialmente por el Directorio Estudiantil en una carta pública, minado por los que como Rubén León, celebraban conciliábulos constantes con Caffery y por los funcionarios que, con torpeza inaudita, atacaban públicamente al Ejército, único sostén de un gobierno a quien el apoliticismo prohibía lanzarse a la propaganda popular y mover las masas; porque el gobierno de Grau San Martín, a pesar de estar cargado de buenos propósitos, no era más que eso: un teléfono desconectado, un aparato de cine sin pantalla. Aquella noche no cayó S. Martín: Grau había caído ya abrumado por la insensatez de quienes, como el Sr. León, creyéndose amos de los destinos de Cuba y procediendo con una petulancia que llegó a ser proverbial, formaron alrededor de él un círculo de exclusividad repelente, de torpe hostilidad hacia Batista, dócil y comprensivo —es justo declararlo— como no lo ha sido jamás un caudillo militar hacia un grupo de civiles encaramado en el poder y sostenido en él gracias a la efectividad de su sable; porque lo único organizado y lo único sólido que en aquellos días se destacaba en el caos republicano era la tropa mandada por los sargentos. ¡Seamos respetuosos de la verdad y digámosla sin ambages!

Cuando renunció, desconcertado y arrastrado hasta los límites de la desorientación y de la fatiga física, ya Grau estaba solo. Quizás el que le advirtió de la proximidad de nuestro fracaso con más energía y más franqueza, fui yo, tres días antes del día fatal, que históricamente no fue ni para él, ni para mí ni para ninguno de los que supimos mantenernos en la línea del deber y del sacrificio, una verdadera derrota: más bien fue una provechosa experiencia. Entonces Rubén León, estudiante, no fue ca-

paz ni siquiera de propiciarle la Universidad, que en las postrimerías de nuestra accidentada empresa le pedía a él la cabeza junto con las del Directorio Estudiantil, víctima de unos cuantos reyezuelos arbitrarios con ínfulas de reformadores de pueblos. Si con ese mismo séquito nefasto ha pensado Grau San Martín volver a la carga, que Dios lo coja confesado...

Yo, que le hice frente al Déspota Sanguinario sacudiendo en los aires y en la primera plana de mi glorioso periódico el ultimátum de los profesores y estudiantes, que fui tiroteado, perseguido a muerte y asaltado por los sicarios de Calvo por denunciar el asesinato de Rafael Trejo mientras su padre, burócrata machadista, ni siquiera se personó en la acusación por no perder el favor del Tirano, tengo autoridad para hablar sin rodeos, aunque la verdad sea dura. Y si es preciso, continuaré hablando, señalando con el dedo y apelando a la inmensa masa ciudadana para desnudar a todos los sepulcros blanqueados, hasta unirlos en un formidable clamor de reivindicación y de castigo contra los que “revolucionariamente” y con la escopeta recortada de sus necias vanidades pretendan monopolizar la Revolución, repartiéndose sus vestiduras como los centuriones se repartieron el manto de Cristo moribundo. ¡A cada uno su pedazo de gloria, ya que no hemos puesto mano sobre el botín!

*

He callado; pero ya tengo razón de sobra para levantar la voz, porque el periodo de Grau no fue para mí un lecho de rosas. Quebrantada la improvisada estructura gubernamental por la ausencia, la impericia y el debilitamiento de algunos fundadores a los que el acosamiento enemi-

go —baraúnda de letra de molde, de campaña verbal, de explosiones de dinamita y de disparos de arma de fuego— fue resquebrajando gradualmente, el “autenticismo” se disolvió como un terrón de azúcar en el agua, pero no fui yo por cierto de los que se desviaron de su guardia de honor. Es posible que haya sido yo el navío más castigado de aquella cuadrilla, pues sobre mí convergieron, desprovistos de la coraza de una función protectora, los mayores volúmenes de fuego, en forma de insultos, de chismes arteros y anónimos, de hojas sueltas, de atentados frustrados, de odio artificial y ensañado, sin que por fortuna mía lograsen hundirme ni desplazarme: los cubanos no son tan malos, después de todo. Ahora, cuando más indefenso estoy, sus caras ya cordiales me permiten andar sin máquina blindada. Y levanto la voz, conste, con el propósito exclusivo de hacer luz sobre un tema concreto, supliendo la falta de talla espiritual de tantos a quienes defendí y serví, de tantos a quienes hice, cuyo silencio egoísta no pasa de ser la máscara de una ingrata prudencia sanhopancesca que les prohíbe acercarse y estrechar la mano honrada y amiga del hombre combatido: es humano, y lo encuentro muy natural. Yo no soy así, no obstante, y harto lo tengo demostrado. Conozco el camino y llegaré a donde necesite llegar —no se alarmen los aspirantes a la Presidencia, que para tranquilidad de ellos no me ha dado esa clase de locura— con tal de que un cuerpo extraño, plomo o bacilo inesperado, no se me atravesase a la mitad de la senda.

Y volveré a ser generoso con todos, aun con los que no lo fueron para conmigo, y tornaré a brindar lo que posea, dinero, actividad, sangre si fuera necesario, a ese sector invisible de los que sufren y esperan, al cual amo y por el cual me agito sin cesar.

*

Ya, cuando las horas iban haciéndose largas y los ataques y los proyectiles arreciaban de los cuatro puntos cardinales, lo había advertido yo al buen Grau San Martín:

“El gobierno necesita desplegarse para sobrevivir: un gobierno enquistado es un gobierno difunto; para gobernar es preciso difundirse en la atmósfera nacional, hacer una gran política a lo largo de uno o varios partidos y desarrollar una vigorosa propaganda. Los soldados que nos ayudan y nos abrieron brecha se cansarán de ser hostilizados sin tregua. No podemos recostarnos en las bayonetas indefinidamente.”

Aunque sofocado por sus *sparring partners* que pretendían censurarle hasta la manera de respirar, Grau era inteligente y comprendió. No obstante, el criterio predominante de que los que hacen política —¿qué se crearán ciertos bitongos que es la política, la verdadera política?— son unos galopines y de que los periodistas son unos sinvergüenzas, San Martín se escapó un día del colegio y accedió, de acuerdo con un grupo de personas decentes, a fundar el Partido Nacional Revolucionario, con el cual yo cargué solo después, por diversas circunstancias especiales, dándole cara al aquilón de las falanges adversas. Fue un triunfo, aunque efímero y parcial, sobre el “apoliticismo” agrario, que envenenaba los más hábiles recursos y las mejores avenencias con sus desplantes foscas: para determinados apolíticos el procedimiento auténticamente revolucionario consistía en gobernar a sangre y fuego en todas las circunstancias, imponiéndole así, a contrapelo, nuestro programa a la República, aunque nadie supiera en qué consistía. Mucho más tarde, Guiteras —al cual traje de Oriente para la Secretaría de Gobernación, apoyando-

lo contra la saña iconoclasta de los mismos “apolíticos” que lo quisieron barrer, y que en justa reciprocidad no me ha vuelto a saludar desde que perdió la colocación—, Guiteras, digo, junto con Fernández de Velasco, a quien también defendí cuando trataron de hacerlo saltar, y que tampoco me conoce ya— me ayudaron a poner en marcha Acción Revolucionaria, organismo de coordinación y de encauzamiento de núcleos dispersos, burean de propaganda y de proselitismo que, comenzando por la radiodifusión y por la distribución de carteles ofrecía sus primeros frutos en las semanas postreras de nuestra fabulosa aventura, tan pletórica de buenas intenciones como huérfana de unidad de acción y de previsión política.

Guiteras: he ahí un hombre bueno y valiente. Se olvidó de que la Revolución era no más que la lucha por la democracia, y se dio de lleno al izquierdismo, como quien se entrega al alcohol. Alguna vez le dije que nuestros ideales, por los que tantos habían perdido la vida, no eran precisamente la dictadura del proletariado, ni la dictadura de nadie, sino la redención de todos los cubanos; parece que se disgustó como si lo hubiese maltratado, y se perdió por los senderos, del brazo de Chano Penabaz, sin decirme adiós. Si lee estas líneas en Morón, quiero que sepa que le envío un saludo cordial.

El estudiante Curti, hoy tesorero del Ayuntamiento de La Habana; formó parte del *staff* de la referida oficina. Un poco apasionado; pero puro de alma y sincero en los propósitos. Curti sabe bien en qué forma defendíamos, ya en las últimas trincheras, al gobierno de Grau, cuando muchos otros camaradas se dedicaban a preparar ágilmente por la crujiente escala presupuestal. Ya en esta sazón *La Semana* había caído en un segundo viacrucis, en aras de

la doctrina septembrista, bombardeada por el boicot implacable de la reacción admirablemente organizada.

Así, después de muchos años de brega de conspiración, de incesante predicar, de persecución y de exilio, serví yo al Cuatro de Septiembre, echando sobre su tapete aleatorio mi prestigio envidiable de legionario gibareño, mis intereses y mi propia seguridad.

Así contribuí yo a consolidar lo que nació por una transfiguración tumultuosa y seguramente prematura, desde las noches insomnes en que siendo Secretario de la Guerra hice coronel al sargento Fulgencio Batista, *leader* de la colectividad militar, obligado por una imperiosa necesidad revolucionaria y con la escuadra norteamericana en Bahía, después de ensayar todas las recetas de avenencia con la oficialidad. No hubo nadie en el Gobierno de los Cinco que estampara su firma junto a la mía, en el discutido decreto, y así lo proclamo, asumiendo de una vez la íntegra responsabilidad de tal acto, que no fue un mero capricho. La madrugada aquella en que arengué a la inquieta tropa que empezaba inequívocamente a impacientarse, poniéndole la mano sobre el hombro a la figura máxima del golpe, mientras las campanas del Ángel desgranaban el toque de maitines, no se borrará de mi cerebro mientras viva.

Así serví yo al Cuatro de Septiembre: fabricando doctrina y haciendo Presidente de la República al doctor Ramón Grau San Martín, también en contra de la opinión de mis compañeros pentarcas, que respeto porque en ella campeó un punto de vista elevado. Fue una memorable tarde y se hizo en honor a la Junta Revolucionaria que acordó el cambio de sistema para servir la causa de la paz amenazada por un criterio rutinario de parte del públi-

co, nada familiarizado con una gubernamentalidad que aún ahora se moteja de “comunista”, cuando no fue sino simplemente colectiva y colegiada. El remoquete de “comunista” lo he heredado yo, y mis amigos saben que lo sobrellevo con bastante dignidad y no poca resignación. ¡Con tal de que me pongan en lista a la hora del reparto!

Después de entonces, desde el primero hasta el último día, mi nombre voló por mil bocas gárrulas igual que un abracadabra diabólico; se me atribuyeron los errores de la situación sin faltar uno solo. En cambio, los éxitos, que no fueron tan contados, se borraban airadamente de mi hoja de servicios. Por sentido elemental del honor, por solidaridad, por compañerismo, por deber, renuncié a definir mi verdadera actuación no siempre errónea, inclinada a la conquista de nuevas voluntades y en persecución constante de una legítima victoria, la victoria de una minoría que debió haberse transfigurado en mayoría con un poco de generosidad, de transigencia, de mano habilidosa y acogedora.

Sin ser visita diaria de Palacio, no hubo una ocasión de peligro, ¡ni una sola!, que no me encontrase junto al Ejecutivo, para caer con él hasta el desastre, si hubiese sido ese nuestro destino cruento. ¡Ah, las noches durísimas en que el Palacio permanecía casi desierto, en que los teléfonos nerviosos campanilleaban exclusivamente para dar malas noticias y para anunciar degollinas finales! Nadie me superó tampoco en diligencia para libertar cautivos, para atenuar rigores, para ahorrar inútiles derramamientos de sangre...

Fui para Grau San Martín, al decursar de innumerables horas sombrías, lo que fuera Cyrano de Bergerac para Cristián en la escena inmortal del balcón de Roxa-

na: su colega leal, su coadyuvante desinteresado desde la penumbra conveniente de quien no pide participación en los laureles a pesar de afrontar el anatema en las equivocaciones inevitables, la mayor parte de ellas a cargo de los demás. ¿Lo habrá olvidado acaso el propio Grau San Martín? No lo creo. Pero si así fuera, el pueblo, para cuyo instinto clarísimo no hay muros espesos, sabe lo ocurrido. El mismo pueblo que me hizo justicia siempre conserva la exacta impresión de lo que yo fui para el Cuatro de Septiembre, de lo que yo significué para mis amigos y aún para mis enemigos durante la etapa que acaba de transcurrir. Y eso me es más que suficiente.

Ni medré, ni coloqué queridas, ni vendí indultos, ni formé compañía, ni acepté cts. para pagar un Ford, porque he trabajado y he ganado dinero toda mi vida.

Igual que en la época tremenda del Machadato, esta segunda época para mí supuso pérdidas materiales constantes y crecientes: todo sea por la patria. Pero encima de eso, de los áridos “apolíticos” que no ligan intereses con nada que no sea sus descarnados y feroces exclusivismos despiadados, no me ha venido más que ingratitud y difamación gratuita. Las excepciones, que no faltan, confirman la regla.

Su espíritu intolerante, su virtud agresiva —no siempre “auténtica ni acrisolada”—, su incontenible voracidad tiburonesca que les impele a dar de dentelladas a todo lo que brilla, aunque detrás del reflejo se esconda la carne intangible del amigo y del camarada, los arrastrará hacia el plano peligrosísimo de la oligarquía desaforada y machadizante; eso, los grupos excepcionales y privilegiados detentadores de patriotismo, fue lo que nos obligó a luchar y a sublevarnos contra el viejo régimen, donde

aún se podían encontrar hombres más cordiales, capaces de ayudar a un perseguido, con esa dulzura y ese sentido humano de los que han pecado mucho.

Tienen la característica de ser excesivamente benévolos para con ellos mismos, de olvidarse fácilmente de sus palabras; las que me dirige Rubén León en las páginas de *Bohemia*, tan inconsideradas como altaneras que le arrastran a desconocer el respeto debido a un compañero de prisión y de fatigas, no responden a otras muy afectuosas que me dirigió en la asamblea de Columbia, cuando yo le pregunté ante doscientas personas si tenía algún reproche que hacerme; porque a mí, que trato con cortesía a todo el mundo no se me habla jamás en la forma original y tronituyente que aparece en sus diálogos vanidosos del artículo, en el cual, por lo menos, se denuncia a sí mismo como lo que en realidad no es: una persona muy mal educada. Si no fuera un síntoma dramático de la desintegración nacional, de la anemia creciente de esta pobre patria que agoniza por crisis de ideas y por escasez de hombres; era cosa de morirse de risa. Confieso que no obstante su amnesia, su escaso comedimiento con las realidades y con los compañeros, no le guardo rencor: Rubén León, adornado por otras muchas cualidades, no es más que una faceta del ambiente. La vida, la dura vida, docta institutriz, le señalará el buen camino, y es posible aún la salvación de su alma. Está ahora en la dolorosa transición del “apolítico” apóstata, que, inconsecuente con el país que observa, una buena mañana renuncia sin más explicaciones a sus convicciones arraigadas de antaño y se lanza a hacer política y a establecer comités... ¡He aquí una pequeña tragedia interior, cuando se tiene sensibilidad, y el buen Rubén no carece de ella!

Y basta ya por hoy. Tanto hablan de mí, que he tenido que hablar de mí yo también. Es de mal gusto, lo comprendo: pero hay que dar el alto a los que confunden un silencio altanero, por encima de los partidos y los grupos frenéticos, con la timidez del culpable. Soy un soldado de la primera línea de la Revolución y hay que respetarme, como yo he respetado a los demás, porque siento la religión de la amistad a la manera antigua: por encima de la propia Revolución, con ser más alta y más perdurable que Grau, que Batista, que yo y que todos y cada uno de nosotros. ¡Adelante, que la senda es escabrosa, y todavía hay mucho que caminar, y que combatir!

(Bohemia, 25 de marzo de 1934)



Fotografía que acompaña al artículo anterior en *Bohemia*, 25 de marzo de 1934. El pie de nota dice: “Sergio Carbó, dirigiendo la palabra al público congregado en los alrededores de Palacio, en los días del gobierno del Dr. Grau San Martín”.

HACIA UNA MÁS GRANDE CUBA

Siempre el mismo tema de conversación entre descarga y descarga: la política. Las ciudades, las carreteras, los vehículos, las aldeas, los campos están emponzoñados d el mismo tópico deprimente y desmoralizante: la política. El gobierno lo hace espantosamente mal por eso mismo: porque los gobernantes no hacen más que politiquear, criminalmente ausentes de nuestra verdadera y gran tragedia. La noción de la patria, el concepto nacional, hecho de carne y de espíritu múltiple, de tierra ubérrima y de riqueza pródiga abandonada en el surco y en la mina, de barcos alegres que acarrear los frutos y de pequeñas industrias sin protección, de ciudadanos infinitos que agonizan de penuria enredados en problemas no tan complicados como aparentan ser y que nadie —¡nadie!— se ocupa de desentrañar, el país inmenso, en una palabra, arraigado en una historia que muy pocos conocen y engranado con un mundo económico del cual nada más que una pequeñísima minoría tiene noticia, no es más, para los que lo administran, que una miserable plantilla de puestos públicos, carroña cada vez más anémica de la cual se nutre con voracidad de cuervos una fracción insignificante de la población total. A la distribución angustiosa y precaria del presupuesto, esencia de una riqueza teóricamente en explotación, prácticamente parálitica, el Coronel Mendieta le llama “gobernar patrióticamente”. Más allá de este batey jocundo de los privilegiados, de los fuertes, de los favoritos, de los gritones a quienes es necesario hacer callar, se extiende como un páramo gris la gemidora patria incurablemente colonial, reata de es-

clavos sempiternos que sólo escuchan de tarde en tarde la voz fementida del demagogo; la grey desconfiada y bárbara de la ciudadanía postergada, siempre soñando con una libertad abstracta que no sabe definir, estimable por una sola virtud triste, que no conduce a ninguna parte: su asombroso poder de asimilación para el sufrimiento. Una buena colectividad estatal se compone de dos categorías de individuos: los que producen y los que administran en nombre de los productores el producto obtenido, de manera equitativa y ordenada, haciendo posible la continuidad histórica de la nación. Nosotros, en plena incultura —¿quién ha dicho que somos civilizados?— estamos divididos en dos bandos tradicionales: los que viven del presupuesto y los que aspiran a vivir de él. Las élites, los núcleos y los individuos minoritarios no cuentan en la anterior apreciación; como es natural. Los que mandan y los que quieren mandar; los que se sublevaron para escalar el poder, los que se lo robaron en las urnas o en las tribunas, y los que esperan turno para sublevarse y tomar a su vez los controles republicanos, es decir, el dominio de la nómina... El tercer partido, el que tanta falta nos hace, el que propugna la transfiguración nacional, con o sin el gobierno como instrumento exclusivo, no aparece por ninguna parte. El partido formidable de los que producen, de los que trabajan, de los que quieren abrirse paso fuera de los muros de las oficinas públicas y lejos de las listas burocráticas, ese, no acaba de asomar vigorosamente por nuestros horizontes. ¡Y ese sería el único capaz de salvar a Cuba! ¡Esa falange pletórica de libertadores auténticos sería la portadora de la abundancia y de la paz! Pero el pueblo está sentado a la vera del sendero, año tras año, cubierto de harapos y cundido de blasfe-

mias, esperando no a un sembrador, sino a un Caudillo. No marcha: espera que lo lleven de limosna en el primer camión de reparto que pase. No mira a la tierra generosa y fiel, sino torna, los ojos apagados a la ciudad congestionada y maldita, donde se politiquea sin tregua, donde los “sectores” se muerden entre sí como bestias acorraladas, donde el hastío y el odio corroen la vida sin futuridades, la Ciudad Iracunda, devoradora de caracteres, cuyas puertas es preciso franquear antes de que los reyezuelos tomes levanten el puente levadizo... Y este es, en pocas palabras, el verdadero manantial de nuestra desgracia.

*

Hace unas cuantas horas el que estas líneas escribe retornó de un pequeño viaje en extremo interesante. Nuestro automóvil, fatigado del asfalto habanero, huyó por la carretera adelante, buscando oxígeno puro para su carburador. Haremos merced al lector de la decoración suburbana: mendigos implorantes, transeúntes con caras foscas y ceño cejijunto, personajes desclasificados por la estrechez de su vida perennemente atormentada y desorientada, muchachos vagabundos, pobres mujeres de taller ennegrecidas y sudorosas que dan la vida y la juventud por un pedazo de pan, retribución de la fuerza íntegra de su trabajo de siervas. Más allá, quintas de recreo desconchadas y desiertas, trasunto de una pretérita felicidad dominguera que sus dueños ya no pueden disfrutar. Mas allá aún, los campos yermos, las cercas destrozadas, los bohíos solitarios donde niños escuálidos se asoman a los agujeros negros de las puertas para divertirse mirando a los trenes que pasan, diciéndole adiós con infinita envidia, como si los pasajeros fueran entes de leyenda que

corriesen sobre los rieles al encuentro de la felicidad. Aquí y allí reses tuberculosas royendo el agro virgen, donde la presencia de un arado en plena labor constituye un hecho insólito, una reminiscencia arcaica, si es que alguna vez hubo en Cuba más arados que ahora. ¡Que sangrienta ironía la de nuestros pintores que, empeñados en simbolizar la cubanidad convencional de los carteles de propaganda y aun de los paisajes de galería, indefectiblemente pintan en sus lienzos un guajiro arando! Si fuéramos más observadores y más espontáneos la figura simbólica aunque despiadada de la desorbitada patria nuestra, debía ser siempre la de un individuo jugando al dominó en la mesa de un café. Porque eso sí vimos en nuestra excursión, eso sí hemos visto constantemente en nuestras romerías de caminantes: pueblos sórdidos, repletos de una muchedumbre que parece dedicada a apuntalar las columnas de los soportales provincianos a lo largo de cada jornada laborable, cafés entenebrecidos por nubes de moscas donde la población viril, plena de vigor y de juventud, habla mal sin cesar de todos los gobiernos y pega con violencia los doble-nueves encima de los tableros bulliciosos. Esa juventud criolla está a favor o en contra del alcalde: es amiga o enemiga acérrima del supervisor militar; ofrece o escucha pequeñas y virulentas catilinarias demoledoras enfiladas sobre la cabeza de los funcionarios o los aspirantes a funcionarios; de esa mocedad infructuosa una parte insignificante se gana el sustento en el ayuntamiento local, que no exige gran cosa de sus servidores; la supervivencia indefinida del resto es un inquietante enigma. Hace política, sí; es decir, conversa de la mañana a la noche, sueña con una chapa y un revolver en uno de los innumerables cuerpos policíacos...

Pero ¿de dónde proviene el alimento que los mantiene a través del tiempo apoyados en la columna o de codos en la mesa del cafetín? ¿Qué milagro asombroso de economía pública permite que mientras la tierra más rica del mundo permanece “tabú” para el hombre que la rehúye como una condenación —echemos una ojeada a las estadísticas— esa imponente muchedumbre masculina de nuestras ciudades y aldeas pueda permitirse el lujo de no hacer otra cosa más que pertenecer a “sectores” y colectividades politiquiantes, sin otro medio de sostenimiento conocido para sus existencias estériles? Hay hambre en Cuba: un hambre discreta, porque los que la padecen no andan en grupos numerosos todavía, ni circulan por las arterias urbanas dando gritos aún. Las empresas extranjeras continúan girando millones hacia el exterior, a través de bancos extranjeros; y esto último, que parece una causa, no es más que una consecuencia. De esa juventud parasitaria, extática, que no produce ni mira para los horizontes, surgen los gobiernos sucesivos como los hongos de la madera podrida, que huelen y saben asimismo a madera podrida. Los holgazanes politiquiantes por ley fatal engendran gobiernos politiquiantes, y los mandones y magistrados republicanos que hacen combinaciones de fichas en los palacios y en las secretarías son los hijos legítimos de los campeones de dominó de las orillas de la carretera. ¿La culpa la tienen solamente los gobiernos? ¿No la tendremos todos nosotros los gobernados también?... Si cada uno y todos juntos, reunidos espiritualmente —las verdaderas y efectivas colectividades cívicas son las que se sienten unidas no por la proximidad, sino por el propósito— nos pusiésemos a buscar los remedios en vista de esos descorazonantes fenóme-

nos ¿no encontraríamos, compatriotas, el camino recto y seguro hacia una más grande Cuba, emprendiendo la verdadera Revolución, la que no ha comenzado todavía, una grandiosa Revolución incruenta, una Revolución sin destrucción y sin fagonazos, la Revolución del trabajo, la Revolución de la disciplina nacional, la revolución victoriosa del retorno acelerado e incontenible hacia las fuentes de producción?

Y, en tanto, nuestro automóvil rodaba por la cinta gris, también desierta, que nos hacía recordar con melancolía otras carreteras lejanas congestionadas de *trucks* abarrotados de frutos para el mercado. Algunos guajiros en misérrimos caballos volvían de los poblados, cargados algunos de ellos con carne y con viandas, porque Cuba es un curioso país en que los campesinos compran los alimentos en las poblaciones. Al fin, abrumados por las meditaciones y ansiosos de volver nuestras ideas al revés con alguna evidencia consoladora, entramos en una escuela agrícola. Trazaremos en pocas líneas aquella última emoción, espantable para cualquiera que conserve un poco de amor para el trozo de planeta donde ha nacido:

Los alumnos, por solidaridad estudiantil, estaban en huelga. En las paredes de las viviendas campeaban admoniciones truculentas y reivindicaciones centelleantes. “Son en total cincuenta —nos dijo el portero— pero ahora hay tres en el Castillo del Príncipe por distribuir proclamas comunistas”. Evidentemente las ideas eran avanzadas: pero las bibijaguas, más avanzadas aún, habían llegado al plano de la acción directa, y el tesoro de la capa vegetal abandonada hervía en la academia de agricultura, transformada en palenque de oradores fogosos. Algunos alumnos se nos acercaron, pero no para hablar

de los hidrocarburos ni de los injertos, sino para preguntarnos ávidamente por el Consejo de Estado y por el problema de las alcaldías. Mientras deambulábamos entre los naranjales arruinados, saltando entre los ejércitos de hormigas gigantes que los desmontaban hoja a hoja, uno de los internos nos contó su vida y nos dio su opinión con una sinceridad simpática y brutal. Es una pequeña tragedia. Parece un tango argentino. Oídla:

“Hace seis años yo fui lechero en el pueblo X. Me levantaba a las doce de la noche para llevar la leche a la ciudad, a través de ríos crecidos y de caminos intransitables; volvía a la una de la tarde; a esa hora, en lugar de dormir, tenía que recoger los terneros y que cortar yerba, hasta por la tardecita: esta vida perra de dependiente exprimido por el amo, durmiendo apenas tres horas diarias, la abandoné un día, desesperado, y me fui a La Habana con lo puesto. Ahora, después de mil trabajos y de infinidad de cambios de fortuna, me he hecho maestro cultivador, pero no crea usted que tengo la menor vocación por las cosas del campo: lo odio. Nunca jamás trabajaré en él. Vine a la escuela exclusivamente para proveerme de un título, hacerme ingeniero agrónomo y conseguirme un puesto en el gobierno, porque se gana buen sueldo. Aquí en la escuela todos son como yo: ninguno tiene vocación agrícola. Ya ve usted: lo menos que aquí se hace es aprender a labrar la tierra, que podía darnos de comer abundantemente a todos y algún dinero encima; pero con la indisciplina reinante y con el olvido en que nos tiene la secretaría —donde son más sinvergüenzas que todos nosotros juntos— lo que hace la gente es aburrirse, hablar mal y degradarse. Mientras se votan créditos y se crean plazas a nosotros no nos mandan gasolina para los

tractores, que es lo menos que nos podían mandar, aunque fuera para hacer que trabajásemos un poco. El Presidente no entiende esto, ni lo sabe, ni lo sabrá nunca; y el Secretario, lo único que sabe hacer y es bastante, es ir a los consejos y hablar de mentecatas para que no le cesanteen a sus protegidos. La Agricultura es el porvenir de Cuba, dicen, y es una gran verdad. Pero hasta ahora no es el porvenir sino para los que cobran sueldo en las oficinas, que es adonde yo pienso ir alguna vez... ¿Cree usted que nadie se puede hacer ilusiones con los mercados controlados, donde los mesilleros⁹ y los inspectores son los únicos que pueden vivir mientras los agricultores se caen a pedazos de miseria?... Con un poquito nada más del dinero que le roban al Estado los botelleros y los contratistas tendríamos nosotros arados, abonos y gasolina para las cultivadoras mecánicas... Pero las cosas son como son: no se pueden quejar, pues, de que para distraer el ocio de esta escuela correccional nos dediquemos al comunismo y a pedirle la cabeza a los manganzones, que después de todo vale menos que una buena calabaza”

¡Los “manganzones”, las voraces calabazas humanas que votan y trasiegan créditos incesantes, que urden empréstitos ruinosos, que hacen y rehacen las nóminas vergonzantes cada mañana, que se tapan los oídos para no escuchar el desgarrador lamento de la nación ofendida, ofendida antaño por los capitanes generales y por los prócsules, ofendida hoy y desdeñada por los presidentes y los insolentes caciques políticos en guerra mortífera e interminable los unos con los otros! ¡Todos son iguales!

⁹ Un cubanismo que no aparece hoy en muchos diccionarios. Se refiere a las personas que tenían un puesto de venta en un mercado, plaza de mercado o galería.

¡Los extranjeros y los nacionales, aún mas culpables por ser nuestros compatriotas! ¡Y Cuba, ayer y hoy, sumida en el coloniaje abyecto, devorada por los demagogos convulsivos y los patricios falsificados trepando en turno por su tronco igual que las bibijaguas por los pobres naranjos de las escuelas agrícolas, que debieran ser templos y no ergástulos! Y allá abajo, como línea de reserva, como verde esperanza, otras bandadas de buitres, nuevos caudillajes, hordas feroces de relevo que esperan turno, sin honradez civil y sin programa, gavillas de agitadores gárrulos y maldicientes que sueñan con la ciudad como con una tierra prometida, para vivir en ella de lo que producen las pocos que martillan, los que aran, los que reman, los que aporcan, los que fabrican, los que trabajan y sudan con la herramienta en la mano... La República es una amplia mansión en la que todos quieren vivir en la sala, en la que nadie se decide a ir a la cocina para poner los calderos al fuego; un barco donde los pasajeros y los tripulantes quieren estar todos en el puente, olvidándose de que es preciso que alguien se ocupe de las turbinas y de las carboneras; un cuerpo monstruoso que terminará desplomándose por exceso de cabeza; un país que pudiera ser maravilloso sin esta penosa sobrecarga onerosa de administración pública, tan excesiva, tan *overheaded* que pronto habrá que levantar algo entretenido para que los burócratas no se duerman de tedio cuando no haya nada ya que administrar...

Y a esa innoble puja por los puestos oficinescos, por las chapas y por los uniformes, se le llama Revolución. Las palabras otra vez, como en tiempos de Machado — bajo cuya advocación continuamos, a nuestro pesar— comienzan de nuevo a perder su sentido.

¿Estamos perdidos, pues? ¿Debemos renunciar a la salvación? ¿Es incurable nuestra enfermedad hereditaria: el cáncer del coloniaje, el imperialismo interior que ejercen indefectiblemente los que manejan el timón gubernativo desde el Adelantado Diego Velázquez hasta el coronel Carlos Mendieta y Montefur? No. Existe el remedio, pero es necesario tener el valor de tomar nuestra medicina. Llegar a una conclusión contraria equivaldría a recomendar nuestro suicidio como pueblo que pretende ser libre; y un pueblo que practicara la eutanasia no ha existido nunca en los abismos de la Historia; el reconocimiento de nuestra propia miseria es ya una reivindicación que nos debe armar de una gran dosis de fe y consuelo. ¡Ay de los pueblos vanidosos y petulantes que se creen cultos sin serlo! El remedio no es otro que el desplazamiento de la población excedente de las ciudades hacia los campos. Una nación productora de materias primas, esencialmente agrícola, que no ama el arado, no está capacitada para la soberanía, que no se defiende con alardes grotescos de independentismo ni con delirantes xenofobias, sino con el aprovechamiento intensivo de los propios recursos naturales. Si nosotros no explotamos en nuestro beneficio nuestra capa vegetal y nuestras minas y nuestras aguas, por una ecuación económica que no ha fallado nunca —muy parecida a la ley de los vasos comunicantes—, vendrán los extranjeros a explotarlas, quedando reducida la población vernácula a lo que habitualmente ha sido a lo largo de los siglos: una raza nativa de ilotas al servicio de otra, raza invasora de terratenientes y de propietarios. En último extremo, el imperialismo —que obedece a un principio de gravedad económica internacional— no se combate con alegatos ni con discurs-

sos, a los que tan aficionados somos los latinos, sino con trabajo redoblado, con organización industrial o agraria, con capacidad; lo demás es perder el tiempo miserablemente, y en esta apreciación diferimos de los muchísimos predicadores irritados que fulminan anatemas inútiles en los ámbitos de la América. Poner limitaciones jurídicas al capitalismo extranjero desbordado, no es bastante: eso es literatura, y nada más. Es preciso anticipársele, llegando antes al palenque de batalla. Las fuentes de producción —las que quedan, al menos— necesitan ser explotadas de una forma o de otra, por cuestión de mecánica mercantil: explotémoslas los nacionales, y prediquemos con una formidable cruzada el trabajo inmediato, más útil que la protesta continuada. Nuestra superestructura política carcomida y pútrida, cambiará al transformarse nuestra verdadera estructura económica. Un pueblo que trabaja no puede morir.

No son estas breves líneas vehículo apropiado para un vasto y detenido estudio que pudiera hacerse con números, los pocos números que se han hecho desde que nos hacemos la ilusión de ser independientes; el estudio que debieran hacer los departamentos de Agricultura y de Hacienda no se hará nunca hasta que el problema no se imponga de abajo a arriba, con nuevos hombres y nuevas ideas, cuando brote del suelo el “tercer partido”, el partido de la mayoría prepotente, el partido de la verdadera Revolución metamorfoseada que no ha llegado todavía: pero el esquema del proyecto a desarrollar puede esbozarse. Condensémoslo en unos pocos párrafos.

1º. Información objetiva y minuciosa acerca de todas las propiedades rurales de la República, tanto las del Estado como las particulares, consignándose su situación,

su naturaleza, las cuencas fluviales a que pertenecen y sus facilidades de comunicación.

2°. Creación del Banco Territorial bajo el control del Estado, con todas las funciones propias de un banco de refacción: con garantías hipotecarias, en lo que a la propiedad privada se refiere. Refacción agraria en los terrenos del Estado. Banco de Emisión.

3°. Distribución de la propiedad pública en pequeñas parcelas en beneficio de “la población urbana excedente” que reúna ciertas condiciones físicas y determinados requisitos morales que se fijarán en una legislación adecuada.

4°. Obligación de los terratenientes de cultivar las tierras por sí o darlas a partido a los ciudadanos expresados en el párrafo anterior.

5°. Creación del impuesto sobre tierras incultivadas.

6°. Establecimiento del Ejército Agrícola, instituto juvenil perfectamente disciplinado, en el que deberá prestar servicio obligatorio durante cierto tiempo, mediante una retribución corta y posibilidades muy amplias, la población escolar una vez terminada la primera enseñanza. Sin el certificado de servicio y el título de cultivador no se podrá ingresar en ningún sector de la vida civil. Este Ejército Agrícola, que se distribuirá en campamentos de cultivo movidos por todo el territorio, tendrá como cuarteles generales las estaciones agronómicas reorganizadas y ampliadas en las seis provincias, y sus actividades se armonizarán sabiamente con la distribución de tierras y con las iniciativas del Banco Territorial, reforzando y asegurando el funcionamiento del cultivo intensivo. Algo similar puede hacerse con la minería y la pesca.

Una de las campañas iniciales del Ejército Agrícola —instruido por peritos agrónomos— que había de ser

a la vez una academia de trabajo útil y una escuela de disciplina social, que tanta falta nos hace, podía ser la persecución y exterminio del marabú. El lector no sabe lo que es el marabú. Pues bien, se lo vamos a decir: el marabú es una tropa invasora y pirática que asolará en pocos años nuestros campos, sin que haya un solo secretario de agricultura que se preocupe de poner coto a sus terribles avances. El marabú es una planta devastadora, que vulgarmente se conoce con el nombre de “aroma”, y que en los momentos presentes, sin que el cálculo sea exagerado, tiene ya inutilizada “la tercera parte” de las tierras útiles de la República y acabará por tragárselas todas, como una ola de lava que se derramase de un volcán...

*

Al año —no a los dos años ni a los tres, sino al año justo— de este tratamiento, la pobre patria parálitica comenzará a recobrar la salud, y echará a andar como Lázaro ante la voz imperiosa de Cristo. Al año de que estas medidas —no tan drásticas como pudieran parecerle a algunos desorbitados— fueran acordadas, no habría hambre en los ámbitos nacionales y la horda de los desocupados disminuiría en una proporción increíble.

Al año no más de que un gobierno probo y fuerte pusiese su mano en el problema económico de esta manera valiente y resuelta, en lugar de politiquear tanto y arrestar a tanto infeliz que no sabe dónde almorzará al día siguiente, una nueva aurora de felicidad y de libertad —de auténtica libertad— surgirá en los horizontes sombríos y ya próximos a las irremediables tempestades. Y una generación inocente que se prepara a dar tánganas baldías sobre el asfalto humeante de las capitales y a

confeccionar “niples” estruendosos —porque el vacío desesperante de la falta de fe hay que llenarlo con algo, aunque sea con dinamita— encontraría su sendero trazado ya hacia las altiplanicies ubérrimas de la soberanía perdurable, no la soberanía barata de las hojas sueltas y de los iracundia verbalista del radio, sino la grande, la perdurable, la serena soberanía del trabajo, la del retorno a las fuentes de producción, mágico talismán de una más grande Cuba!¹⁰

¹⁰ Este artículo le acarreó una nueva polémica a Carbó. En la *Bohemia* del 20 de mayo, es decir, la siguiente a la publicación del texto de Carbó, los alumnos de la Granja-Escuela, Pedro Acosta, Augusto Macías y Elso Rosales publicaron una carta, según ellos suscrita por el estudiantado de Pozos Dulces, respondiendo al periodista. El tono de la carta es, ciertamente, agresivo para las páginas de un diario y de un debate público. La réplica de Carbó no se hizo esperar. En el número del 27 de mayo contestó con otra carta, que la edición intituló “Un comentario de Carbó a los alumnos de la Granja-Escuela”. Una nota de la revista intenta aplacar la discusión:

(...) el Sr. Carbó se cree en el deber de precisar detalles y de manifestar sus puntos de vista a los jóvenes estudiantes, por medio de una, carta que dirige a nuestro Director y que estamos ofreciendo a nuestros lectores. Siendo esta una ligera controversia planteada entre el distinguido periodista y los jóvenes estudiantes, esperamos que quede prontamente zanjada, limitándonos, entretanto, a acoger las manifestaciones de una parte y otra sin otro ánimo que el de cumplir con el deber de dar hospitalidad a los diferentes puntos de vista.

Sospechamos que esta “hospitalidad” con los estudiantes molestó a Carbó e interrumpió la racha de colaboraciones del periodista en *Bohemia*, al menos en el año 1934. Cabe recordar que, con “Hacia una más grande Cuba”, Carbó iniciaba su colaboración fija en la revista.

NOTA.—El autor de las anteriores líneas agradece las felicitaciones, pero no las necesita. Preferiría que se le enviasen datos concretos, estadísticas y toda clase de referencias sobre el tema tratado. Aplausos, no: colaboración enérgica en la tarea de estudiar las magnos problemas hasta el fondo.—S. C.

(*Bohemia*, 6 de mayo de 1934)



Carbó visto por el caricaturista Silvio.

CUBANIZACIÓN DE CUBA, HE AHÍ EL PUNTO DE PARTIDA

“Cuba para los cubanos”, tal es la consigna de toda política presente o futura que aspire a la victoria. Nacionalización, cubanización, he ahí las directrices de la nueva época. Lo que se oponga a esta corriente impetuosa de la patria que se renueva será desbordado, vencido, pulverizado. No es el lema de un partido; no es, no puede ser el monopolio ideológico de una facción; no es ya ni siquiera el santo y seña del espíritu revolucionario: es la orientación definida de la ciudadanía, el rumbo inquebrantable de Cuba, cansada ya de ser factoría y resuelta a vivir plenamente en el concierto de las naciones.

Sobre esto no hay discusión; de tal manera que nadie, absolutamente nadie, se atrevería en la hora de ahora a plantear una polémica pública sobre asunto tan vital y tan fundamental. Las fuentes de riqueza, en primer lugar, deben ser patrimonio de los cubanos. El trabajo debe pertenecer, antes que a nadie, a los hijos del país, a los ciudadanos. Los destinos de la República, su administración, su soberanía corresponden a manos cubanas y han de estar vinculadas a intereses absolutamente cubanos, morales y materiales. Esto, tan sencillo, tan justo, tan evidente, no es, como se consideraba hace algunos años, una tendencia de “izquierda”: es el programa mínimo de cualquier partido ultra-conservador, como son los partidos que se limitan a proteger y a consolidar los derechos ingénitos de un pueblo. Una agrupación cubana que no se apoye como cosa previa en tales premisas es una agrupación extraña al mundo de la cubanidad. Un ejército que

no garantizase semejantes verdades inviolables y se negase a combatir y a morir por ellas, no sería un ejército cubano, sino un ejército de ocupación. Un ciudadano que las desmintiese sería un reo de lesa patria, un traidor in calificable acreedor a los mayores desprecios y a los más duros castigos. No es eso; pues, lo que se discute.

La cuestión reside en la manera, en el método, en el procedimiento para asentar en el poder sólidamente a un grupo de hombres que sepan objetivar conforme a derecho tales postulados sin que éstos puedan ser mixtificados en modo alguno, sin que sobre tales hombres caiga sospechas de acomodamiento vil a intereses extracubanos, con los cuales tenemos que coordinar los nuestros, ya que un país no puede vivir solo, pero de ninguna manera renunciarlos en su provecho. Por otra parte, la preferencia decidida a la cubanidad en todos los órdenes de nuestras actividades económicas y políticas no quiere decir xenofobia. El nacionalismo intenso que palpita en la entraña popular no es, sépase bien, “anti-americanismo”, ni “anti-españolismo”, ni “anti” nada: es el mismo nacionalismo pujante que palpita en la entraña de los Estados Unidos, en la entraña de España, en la entraña de todos los pueblos que son naciones y no colonias abyectas. El extranjero inteligente y justo que convive con nosotros; y no quiere ser aborrecido, pues, ha de simpatizar y ayudar a nuestra nacionalización, porque es el secreto de la prosperidad en los negocios, el secreto del orden y de la paz que es justicia. Cualquiera que sea la forma de gobierno futura, la Constitución futura, ha de tener como núcleo el rescate de la integridad cubana, de la soberanía cubana, de la riqueza cubana. Aunque derivásemos hacia una monarquía.

De tal modo estas ideas matrices viven en el corazón de los cubanos, que la democracia, pura y simple, como garantizadora de la voluntad colectiva, la democracia real y sin subterfugios, funcionando a través de unos comicios totalitarios, proyectará en definitiva y conforme a derecho la gobernación que legítimamente rija a la nacionalidad cubana sobre la base de una norma cubana: por eso pedimos el libre juego de la democracia como remedio inmediato para todas nuestras desventuras. Por eso pedimos que se comience por el principio para la perfecta elaboración de una perfecta república, es decir, por la Asamblea Constituyente. Que se movilicen con plena libertad de acción las mayorías, que cada cubano pueda decir qué es lo que quiere y el primer ciclo revolucionario florecerá en una autoridad cubanísima, por Cuba y para Cuba, sin conmociones, sin luchas sangrientas, sin contratiempos.

No hay nada, nada en el universo, que pueda contener esta marea creciente de la patria que se siente vivir, del cubanismo que necesita encontrarse a sí mismo, de la pretérita colonia que no quiere ser ya colonia, del pueblo que es ya nación y que pide sus atributos sin regateos ni escamoteos inútiles. Es tonto, peligroso, contraproducente, oponerle diques a esta creciente: hay que canalizarla para que no adquiera un ritmo torrencial y destructor.

No es una minoría quien la dirige: es Cuba íntegra quien se despliega en el movimiento. No será una minoría tampoco quien pueda refrenarla; se trata de un ciclo histórico fatal e inevitable, no del capricho de una colectividad. Más que un ideario de “izquierda”—como era hace algunos años— estos conceptos constituyen la reivindicación mínima de una “derecha” muy moderada,

pero muy cubana. La verdadera “izquierda” no ha apuntado apenas en nuestra evolución política, aunque parezca rara la afirmación.

“Cuba para los cubanos”: tal es la consigna de la nueva época, bastante avanzada ya. Bajo un sistema representativo, bajo un régimen parlamentario, bajo una situación monárquica, engarzado en la inestable transitoriedad de una dictadura... no importa: por cuestión de espíritu, por cuestión de derecho, por razón de equilibrio económico, Cuba tiene que ser de verdad para los cubanos.

Y si eso se realiza dentro de los principios de una gran república civil —vehículo, continente, receptáculo nada más del sentido de la doctrina— mejor que mejor.

He aquí, en pocas frases, la significación y la génesis de las inquietudes presentes, las convicciones hondas en las que todos estamos de perfecto acuerdo.

*

El flamante gobierno del Dr. Miguel Mariano Gómez, con sus reiteradas promesas de paz justa —porque la paz no es más que una cuestión de justicia— ha diluido en el ambiente un poco de sosiego y un poco de esperanza; justo es reconocerlo. Parece como que retorna la legendaria Alegría, parece como si estuviera próximo a ser rescatado plenamente el escondido tesoro de la seguridad personal, del supremo derecho de vivir, de la libertad de pensar con dignidad sin la aborrecible interferencia del esbirro y del polizonte. Existe la indefinible sensación de que 1ª patria ausente retorna poco a poco, y algo impreciso nos hace esperar que ya no aparecerán más muertos misteriosos, que nuestros deudos, nuestros amigos, nuestros conciudadanos, al volver de la calle —que era una cosa trágica

y luctuosa— pueden sentirse protegidos en el inviolable recogimiento de su hogar. Hay algo nuevo, que antes no existía, mitigador de nuestro anterior desamparo. Se respira, indiscutiblemente, una atmósfera de alivio que de persistir nos curaría gran parte de esta peligrosa irritabilidad colectiva que tiene su origen en la arbitrariedad y la irresponsabilidad gubernativa.

Pero ¿durará mucho tiempo este aquietamiento prodigioso de los espíritus? Se habla de orden, supremo bien que ansían todos los corazones. Pero ¿están removidas acaso las causas profundas de la turbulencia?

Se asegura que los soldados —entronizada ya la nueva situación controlante— se están replegando sobre los cuarteles, su jurisdicción natural. Pero ¿es que se dispone de un plan inteligente y perfecto para suprimir de raíz los motivos que fuerzan a los soldados a salir abruptamente de sus cuarteles? ¿Confundirá el nuevo gobierno los efectos con las causas, desastrosa falacia que tantísimas desventuras ha producido a lo largo de nuestra patética existencia republicana? La paz que se disfruta en estos días que corren ¿será meramente una paz circunstancial, una fatiga momentánea de la lucha agotadora, un fenómeno de ilusión, o una paz medular y perdurable, una paz sólida nacida en la entraña incipiente de un sistema de reparación y de un proceso poderoso de restitución y de transfiguración?

Tales son las incógnitas de la hora en que vivimos.

*

El doctor Miguel Mariano Gómez en su mensaje ha hablado de libertad sin cortapisas: pero es así que en cuanto se restablezca la libertad de palabra volverán a vibrar en

los ámbitos las terribles verdades de Cuba, que todavía no han sido incorporadas a la obra del gobierno.

Porque en los días nerviosos de ahora nada resuelve la nación con la libertad de pensamiento, si no es para utilizarla como instrumento para conquistar otra libertad más necesaria: la libertad de comer, la libertad de subsistir.

Y cuando la gran palabra popular se levante hasta los cielos, admonitoria e indignada para asegurar, con más vehemencia que nunca, que la democracia política es una farsa si no sirve de vehículo a la democracia económica; para vociferar atronadoramente que a pesar de tantas bienandanzas prometidas Cuba no ha comenzado aún a ser de los cubanos; para decir con argumentación irrefutable que el trabajo es una riqueza nacional que debe pertenecer antes que a nadie a los nacionales, que la tierra del ubérrimo territorio no es madre, sino madrastra para los que nacieron sobre ella con el marchamo del paria sobre la frente sangrienta, que ya se va levantando con altivez; entonces, ante la demanda ensordecedora, tanto más exasperada cuanto más desatendida, los que explotan sin tasa, los que detentan sin medida, los cómitres de esclavos, los usufructuarios impasibles de la cuenta factoría, los intereses creados o insaciables correrán a Palacio para exigir “orden” a toda costa, el orden de la represión, el orden maldito y execrado de los látigos y de las bayonetas, el orden despiadado de los injustos contra los justos que han hambre de pan, de patria y de justicia.

Y para que los soldados —los soldados cubanos— no tengan que salir de sus cuarteles en persecución de otros cubanos, para que la nación se sosiegue y para que el orden sea un hecho logrado en las plazas como en las almas, el gobierno del doctor Miguel Mariano Gómez

tendrá que reparar el desorden intolerable de la injusticia económica, de la injusticia cívica, raíz invisible de la inestabilidad popular, germen fertilísimo de violencia, de tristeza infinita, de ruina creciente y de catástrofe.

Cubanización. Nacionalización. He ahí el secreto único de la felicidad, de la paz perdurable, de la reconciliación y del progreso. No hay otro.

(*Bohemia*, 31 de mayo de 1936)



Carbó visto por el caricaturista Prohías.

LA GLORIOSA ACCIÓN DE GIBARA¹¹

Hablar de la acción de Gibara, habiendo sido factor de la misma, es una tarea difícil. Porque parecería vanidad afirmar lo que es indiscutible: fue una hazaña heroica, no porque los que la realizamos tuviésemos el monopolio del heroísmo, sino por las circunstancias que rodearon el caso. Si en lugar de ser los que fuimos hubieran sido otros hombres, dotados como nosotros de dignidad y de sentido de la responsabilidad, así como del fervor patrió-

¹¹ Así presenta *Bohemia* el artículo:

Periodista y revolucionario, Sergio Carbó tiene en su ejecutoria de hombre al servicio de una idea noble, dos páginas que podrían constituir la gloriosa culminación de toda una vida: *La Semana*, aquel semanario encendido y afilado como una espada frente al Machadato, y la expedición de Gibara, “la gloriosa acción de Gibara”, como él la llama en el presente trabajo, en la cual el valiente panfletario del *La Semana* llevó a la acción sus palabras de rebeldía viril contra la Tiranía. Animador del 4 de septiembre, miembro de la Pentarquía, colaborador del Gobierno del Dr. Grau San Martín y fundador del Partido Nacional Revolucionario, Carbó estuvo alejado durante varios años de toda actividad pública, pero en los últimos meses se ha reintegrado a la política, ingresando en el Partido Revolucionario Cubano, y ha vuelto al periodismo, en el *Radiario Nacional*, uno de los más vibrantes voceros del aire.

La acción tuvo lugar el 17 de agosto de 1931. Los 42 expedicionarios y 250 alzados que se les habían sumado, lograron tomar el poblado, pero fueron obligados a rendirse el día 19, tras el bombardeo de un regimiento formado por el ejército y compuesto de más de 3000 hombres.

tico que a nosotros nos animaba, el resultado hubiera sido semejante.

Éramos cuarenta. La expedición había fracasado ya en Nueva York, al ser sorprendida la inmensa mayoría de sus miembros por la policía. Las armas y las municiones estaban ya, afortunadamente, en alta mar, a bordo del “Ilse Vormauer”. Después de veinte días, con el agua escasa y unas provisiones incomedibles a bordo, los que formábamos el “estado mayor” de la parte de expedición que salió de la costa a tiempo, resolvimos poner proa a Cuba, urgidos por las noticias que nos daba desde tierra una estación clandestina. No teníamos la menor idea del lugar donde había de hacerse el desembarco. Estábamos desconectados. Los informes de Cuba eran contradictorios e imprecisos. Contábamos exclusivamente con nuestra determinación de no dejarnos apresar por los guardacostas, que nos buscaban ya, con nuestro espíritu de aventura, enderezado al propósito de combatir a Machado de todas maneras, con un millón de tiros y con cuarenta y tres ametralladoras.

Los detalles de la empresa se han publicado en distintas ocasiones. Cuando llegué a Cuba, después de mi largo exilio, *La Semana* dio a la publicidad un trabajo mío, relatando las cosas tal como yo las había vivido y las había visto. Navegábamos con las luces apagadas, y al llegar a las Bahamas, batidos por un peligroso temporal, estuvimos a punto de irnos contra los innumerables arrecifes que caracterizan ese archipiélago, falto de canales y de faros en la línea apartada y poco frecuentada que nuestro capitán —viejo lobo de mar— escogió para no ser sorprendido.

Durante el día, desde el amanecer hasta la noche, hicimos cuidadosas prácticas de tiro de fusil y de ametrallado-

ra, desarmando y armando las armas, “encintando” parque y desengrasando el material, que no era del todo bueno: cosa que le ocurre a todo armamento de contrabando.

Al entrar en aguas cubanas, desconectados como estábamos de tierra, advertimos el enorme riesgo de tropezar con un barco de la Marina de Guerra; y acordamos atacar y abordar el primer barco que nos diera la señal de alto. Pero en este aspecto tuvimos una suerte inmensa.

A la vista de Gibara, escogido casi al azar como puerto de llegada, el mar estaba tranquilo y brillaba radiantemente el sol. Pedimos práctico y secuestramos al piloto que acudió obligándolo a atracar al muelle, que a poco nos llevamos de encuentro con la proa. Para tomar la ciudad nos distribuimos en tres secciones de desembarco y en una reserva, que se quedó en el “Ilse” custodiándolo y distribuyendo armas. Emilio Laurent, oficial de alta graduación y de excepcionales méritos, dirigió las operaciones, figurando Carlos Hevia, Maderni, y yo como los otros jefes.

Tomé a mi cargo el primer pelotón de ametralladoras, y mi misión era ocupar las alturas de la Vigía, prominencia que domina la ciudad y el puerto. Laurent personalmente se encargó de la estación del ferrocarril, junto con Maderni. Hevia asumió la difícil misión de desembarcar el alijo. A la media hora estaba yo en la Vigía, y comencé a reclutar a los voluntarios que se nos acercaban, aunque el servicio de ametralladoras siempre estuvo en manos de los expedicionarios.

En las primeras horas de la tarde; fuimos atacados por el Ejército, que tiroteó la Vigía y la Estación, pero fue rechazado. Indudablemente tiramos tal cantidad de tiros y el estruendo de las armas automáticas era tan grande,

que se imaginaron que éramos un batallón de veteranos, y no un grupo de reclutas que tomaba por primera vez su bautismo de fuego.

A la mañana siguiente, sobre la Vigía cayó una escuadrilla de aeroplanos, y el bombardeo intenso de una unidad de guerra. Pero no cedimos la posición, manteniendo altos los aviones con nuestras armas de pequeño calibre y con una antiaérea, que desde el fuerte de San Fernando agujereó la coraza del barco. A las cuatro de la tarde estaba listo el tren para atacar a Holguín.

Laurent me envió la orden de bajar con mi gente de la Vigía hasta la estación, lo cual hice en perfecto orden y bajo el ataque de la artillería, que no impidió la concentración. Allí se me comisionó para atacar a Holguín por tierra, mientras Laurent lo atacaba por la línea.

Marché por la carretera bajo un fuego intenso que nos hacían de las lomas, causándonos algunas bajas. Pocos minutos después el tren era detenido también. En este combate de la carretera se nos inutilizó una ametralladora. El transporte era difícilísimo y los nuevos incorporados, obedeciendo órdenes de Balán, que fue nombrado jefe supremo, pero al cual después no se hizo el menor caso, se prepararon a marchar a la sierra. Balán se portó siempre valientemente. Su consejo de reorganizarse en la sierra y reclutar un mayor contingente fuera de Gibara, era sabio. Pero no se podía hacer otra cosa que la que hicimos, apoyados en los conocimientos de Laurent. Éramos muy pocos, la carga era enorme y el tiempo era limitado. Atacar a Holguín, antes de que el Ejército se concentrara, aunque arriesgado y discutible, era un plan inteligente. El combate de la línea fue un esfuerzo inmenso ante lo imposible.

Si fracasó, la empresa de Gibara, de todos modos una victoria moral, fue porque la organización estaba descoyuntada desde Atlantic City. Fue una acción desesperada en la que se hizo todo lo que humanamente podía hacerse, con todas las circunstancias en contra, y nada más, digan lo que digan los estrategas de café.

Cuando regresé al pueblo, reorganicé como pude mi sección y salí en dirección a Holguín, por el camino carretera. En el Cupeicillo tropecé con una emboscada del Ejército. Solamente mi sección de quince hombres —entre ellos mi gran amigo y compañero Sabás Vega, cuyo comportamiento y lealtad fueron siempre admirables—, nos abrimos paso por la línea enemiga, a tiro limpio, haciéndola replegar después de un vivísimo fuego a menos de cien metros. En esos momentos el tren retrocedía hacia la estación. Según nos enteramos después, Balán se había retirado ya a las lomas. Inmediatamente después de la acción del Cupeicillo, que fue una victoria, nos persiguió la aviación. Y la partida, sin saber lo que había ocurrido a las otras secciones, continuó armada por los caminos, con un puñado de municiones, mientras el resto de la expedición se dispersó, como hicimos nosotros al fin, bajo el peso incontrastable de la superioridad numérica y de la falta de colaboración de los grupos que estaban preparados en distintos lugares. Después de despedir a mis hombres, que escondieron todas sus armas antes de volver a sus casas, yo me quedé con Sabás Vega, vagando por bosques y montañas como dos facinerosos durante varios días sin aceptar ningún parlamento, lo que hizo nuestra situación más crítica. Gracias a la abnegada colaboración de los campesinos orientales, que nos suministraban comestibles y guías, pudimos escapar a la persecución. Sa-

bás vino a la Habana disfrazado, y yo, con la ayuda del gobernador Barceló, pude escaparme al extranjero.

La hazaña de Gibara es un recuerdo glorioso de nuestra lucha revolucionaria. Por ella, sus participantes no han merecido ni una modesta condecoración. Algunas perdieron la vida, y otros arruinaron su porvenir. Si algo nos queda de ella, es la satisfacción del deber cumplido. Sospechábamos que la muerte era segura, desde New York, pero la afrontamos antes de retroceder. Eso fue todo.

(Bohemia, 5 de junio de 1938)

A LA SALUD DE CRISTO¹²

En medio de una algazara enrevesada de “congas” y libaciones, la ciudad alegre y confiada que puede gastar dinero celebraba el nacimiento de Jesús. Los hombres, enfundados en su atuendo funeral de rigor: el *smoking*, que más que traje de fiesta parece un uniforme de riguroso duelo. Las mujeres, amplias de escote, se dejaban besar por el aire fresco de una anticipada Epifanía que esta vez llegaba de la cantina, y que la vez primera vino del desierto.

Con esa ingenuidad patética que procura el alcohol en las madrugadas —la hora extraña en que un ángel despierta en el alma de los libertinos, según dijo Baudelaire—, alguien levantó su vaso de *high-ball* y musitó, entornados los ojos y trémula la voz: —Señores: han dado las doce. Brindemos una copa por el pobre Cristo, que para eso estamos aquí.

Nadie le hizo el menor caso al arrepentido pecador. Hubo un bisbiseo imperceptible en sus labios como si orase el Padre Nuestro; de sus ojos vidriosos rodó una furtiva lágrima hasta el vaso, y se bebió la lágrima y el vino...

Ilógicamente, inesperadamente, la orquesta rompió a tocar el Himno de Bayamo, dando a la fiesta calidades de fiesta patriótica, como si el Nazareno hubiese visto la primera luz en Cuba. Después continuó la “conga”, confundida con el dulce tañido de las campanas de Noel,

¹² Con este artículo, Carbó obtuvo el prestigioso premio de periodismo Justo de Lara, en 1944.

campanas lejanísimas, rebosantes de piedad y pidiendo misericordia a lo largo de los siglos. Por la bóveda celeste cruzaron, en caravana deslumbrante, Melchor, Gaspar y Baltasar. El que había brindado rectamente inclinó la cabeza, como en éxtasis. Era el único cristiano digno de la noche maravillosa, y estaba en completo estado de embriaguez.

¿Será inoportuno y ridículo, en la época delirante en que se vive, aludir con melancolía al pasado tradicional, pleno de tierna belleza, en que las Nochebuenas tenían otro sentido superior y otra mística, aún dentro de la clásica comilona? La familia reuníase alrededor del piadoso arbolito de Navidad, talismán de compenetración y afecto, y el profeta admirable que nació en el establo llenaba de fantasía el alma de los niños y hacía meditar a los mayores aún entre los vapores de la cena...

Ah, la Humanidad siempre fue licenciosa y alegre, pero había más espiritualidad, más elegancia en los recuerdos, en las ceremonias, en los símbolos inmortales y en las creencias. No es que seamos más malos; pero sí somos más vulgares. Por el camino que vamos llegaremos al colmo de convertir en baile hasta los entierros, y en “arrollar” hasta con ocasión del óbito de nuestros héroes...

He aquí esta Nochebuena: noche de sangre en los campos de batalla donde cientos de miles de hombres caen en el abismo de la muerte, para que nosotros podamos seguir bailando y seguir comiendo lechón en años venideros... Noche terrible, en que la palabra de Cristo es consuelo de moribundos y esperanza de pueblos esclavos, porque la doctrina publicada por el Galileo, de igualdad y de respeto a la personalidad humana, de tolerancia y de cooperación, vivifica el dogma de la Democracia...

Noche navideña en que el cañón homicida no dio tregua a la azulosa tribulación de las madres que esperan, leyendo desesperadas las listas de bajas de los estados mayores, igual que aguardaba María, atravesada por mil puñales, entre las zarzas del Calvario...

Noche ilustrada por la más sublime de las apariciones, en que el Hijo del Hombre vino a decir la única fórmula de armonía, sin la cual serán inútiles las conferencias de la paz: amaos los unos a los otros... Apotegma que flora como un espantoso remordimiento sobre los millares de tumbas de los hijos segados por el odio del Anticristo...

Y esta noche triste, esta noche delicada, nosotros bailamos la “conga” y catamos el licor, mientras allá lejos corre la sangre... ¿Sentimental, acaso ridículo hablar de estas cosas?

Quién sabe. Pero la última Nochebuena, más que el Himno de Bayamo metido a la fuerza en la navidad del Redentor, más que la “conga” estridente, nos queda en el cerebro un rastro indeleble y perfumado: aquel borracho hermano del Buen Ladrón y campeón denodado de las últimas gentilezas de un mundo irredento que al filo de la hora mágica brindó por Cristo con un vaso de *high-ball*...

(*Prensa Libre*, 27 de diciembre de 1944)



Carbó visto por el caricaturista Roseñada.

ALGUIEN TIENE QUE PONER FIN AL CAOS

La confusión republicana se agrava por minutos. ¿En qué acabará este desbordamiento de anarquía, de amenazas, de ilegalidad, de incultura cívica, de picuismo; que fluye de las altas esferas como fluye un río de inmundicia de la boca de una cloaca? Nadie es capaz de predecirlo. Lo que sí es lícito augurar es que el día 1 de junio, cualquiera que sea el candidato de la cubanidad y cómo quiera que estén los cuadros de la oposición, las mayorías electorales armadas del voto directo barrerán con furia a la pandilla de la cubanía, de la cual la patria está cansada y asqueada. Nunca habíamos descendido tan bajo. Nunca, durante ningún período electoral, el país ha vivido con tanto deshonor.

El hombre de la calle tiene ya el estómago revuelto con esta escandalosa riña de los auténticos, disputándose como fuera la sucesión nefasta de Grau en un combate en que los proyectiles son gruesas balas de fango, que ya se enfilan contra la constitución y los más altos tribunales de justicia.

Violencias, triquiñuelas indignas, secuestros, tiros, injurias, guataquerías abyectas, transacciones cínicas, desorbitamiento funcional, desprecio absoluto de los deberes elementales para con la nación, cuyos problemas se enredan porque lo único que preocupa a los líderes en reyertas son sus ventajas personales y su ubicación en la boleta: el panorama del último año, es la conclusión del período más funesto de nuestra existencia.

Cuando este régimen podrido lance, por fin, el último aliento, será necesario quemarlo en una pira como se

quema a las reses atacadas de fiebre aftosa, y desinfectar cuidadosamente a la patria hasta el último rincón para librarla del terrible contagio...

No tiene solución la bronca gubernamental, tan dividido está todo, que los pisos de Palacio riñen entre sí. La misma CTC se ha desorbitado, metiéndose a apoyar a los huelguistas de servicio de limpieza en las calles. Un día de estos también Cofiño se lanza a marcar pautas al Tribunal Supremo Popular.

En el autenticismo, el triunfo de un candidato supone la fuga precipitada de contrincantes. Hemos retrocedido a los tiempos tenebrosos de las *vendettas* florentinas, o la época del Terror en Francia.

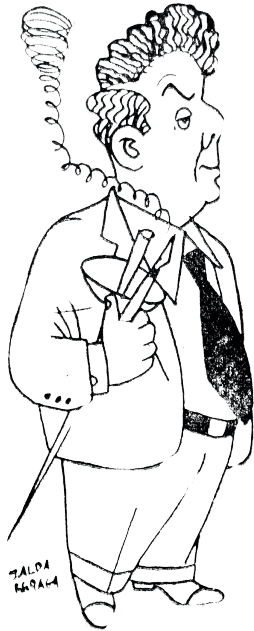
Si gana Prío, Miguelito tiene que exiliarse; si gana Miguelito, Prío no esperará muy tranquilo la proclamación¹³. Si el favorito resulta ser Pepe San Martín, al cual se atribuyen comentarios inquietantes sobre la honestidad de los incondicionales de Palacio, Alemán y Prío requerirán la propulsión a chorro para ponerse fuera de su alcance. El odio, atizado metódicamente, es el común denominador de las facciones palaciegas.

Y en lo alto de esta pirámide de resentimiento, Grau San Martín, riendo con socarronería ante la discordia irreconciliable en que ha sumido primero a la nación, y

¹³ Se trata de Carlos Prío Socarrás y de Miguel Ángel Suárez Fernández. Ambos sostuvieron una rivalidad dentro del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) en el proceso electoral de 1948, pues el segundo proponía una alianza con los ortodoxos, liderados por Eduardo Chibás. Finalmente, Prío ganaría las elecciones y fungiría como presidente hasta el golpe de estado de Fulgencio Batista, en 1952. “Miguelito” terminó incorporado al gabinete de Prío, como ministro de Estado.

después a su propio partido, su obra es el caos. Pero a él también se lo hemos advertido mil veces, será tragado por el caos.

(Prensa Libre, 23 de enero de 1948)



Carbó visto por el caricaturista Zaldarriaga.

UNA ROSA BLANCA SOBRE EL FÉRETRO DE CHIBÁS¹⁴

Inesperadamente, cuando parecía ya salvado, cuando ya la lámpara de la polémica —la eterna polémica que fue su existencia— comenzaba a chisporrotear de nuevo, fallece Eduardo Chibás víctima de una complicación postoperatoria.

Esta muerte es el acontecimiento más trascendental ocurrido en Cuba en estos últimos tiempos.

Chibás tenía un pronunciado relieve nacional: pero la muerte se lo destaca de modo vigoroso y definitivo.

Es desde este punto de vista nacional y patrio que nosotros enfocamos la desgracia ocurrida, porque no fuimos sus parciales, ni fuimos tampoco sus enemigos.

Su honorabilidad, su valor cívico, sus virtudes —que en esta hora luctuosa desbordan la línea de sus defectos— en todo momento no sólo fue reconocida por *Prensa Libre* y por quien escribe estas líneas, sino alabada a lo largo de los años.

*

Sí: para que su muerte sea fecunda, para que su trágica desaparición constituya una simiente de generosos propósitos en esta hora incierta que vive el país —a tono con el universo— olvidemos sus errores, que en su oportunidad le reprochamos frente a frente, cuando era fuerte

¹⁴ Eduardo Chibás murió el 16 de agosto de 1951 en el Centro Médico Quirúrgico de La Habana, once días después de su intento de suicidio, cuando ante los micrófonos de la emisora CMQ pronunció su discurso “El último aldabonazo” y se pegó un tiro en la ingle.

y cuando era temido, en los días en que muchísimos de quienes lo rodeaban, aspirantes a cargos electivos y potenciales concesionarios de futuras ventajas en el banquete electoral exageraban el ditirambo, en persecución de las bendiciones del jefe todopoderoso...

Chibás ha muerto: sin falsos sentimentalismos politiqueros, sin histerias lacrimosas, sin arrebatos espectaculares, queremos hoy hacer patente nuestro hondísimo sentimiento.

Y lamentamos su caída prematura como amigos que fuimos de Chibás, como compañeros de la revolución y como cubanos.

Chibás ha muerto, y la caída del líder, en plena batalla, es una desventura nacional.

*

Duro, excesivo a veces, desbocado con frecuencia: bien que se lo recordamos en memorables ocasiones, porque jamás le pedimos nada, ni le aceptamos nada, ni necesitamos del estandarte de su nombre para llegar a ninguna parte: pero así y todo, necesario para el equilibrio de la política, para el refrenamiento de las voracidades, para darle fuerte contenido y sabor de sinceridad a nuestra oposición, que en Chibás tuvo un paladín que no podrá ser sustituido...

Era íntegro, moralmente. Era infatigable y valeroso. Había construido, con el sólo conjuro de su perseverancia, de su combatividad, de su conducta y de su palabra, un gran partido político, que para beneficio de la grey ciudadana no debiera desintegrarse.

Pocos días ha, con motivo de la tragedia de la CMQ, afirmamos que hombres como Chibás no necesitaban llegar a tales extremos para consolidarse.

Tenía más personalidad de la que él mismo se atribuía: quién sabe si de ahí emanaban todos sus desasosiegos. Incluso el que lo llevó a la tumba...

*

Cuidado, conciudadanos —y me dirijo especialmente a sus correligionarios, a sus seguidores políticos— cuidado con no manchar su memoria.

Que su recuerdo no sea oscurecido con la intolerancia, con el acto violento, con el desatraillamiento de las pasiones, porque la hora es de hondas reflexiones y no de explosiones de odio.

Tomad su bandera y conducidla, hasta donde podáis hacerlo, por caminos de grandeza y de victoria.

Cuidad a vuestro partido, que el gran jefe caído os lega como preciada herencia: pero no olvidéis que por encima de todos los partidos está la Revolución, y que más clara y más hermosa que todas las banderas y banderines es la enseña nacional, por la que muchísimos cubanos —además de Chibás— han muerto y han sufrido.

Descanse en paz Eduardo Chibás. Y que su recuerdo sea edificación y paz para la patria, en este momento difícil del mundo en el que la unión de los cubanos bajo una consigna de defensa común debiera ser la palabra de orden...

(Prensa Libre, 17 de agosto de 1951)



Carbó visto por el caricaturista Vergara.

DAR TRABAJO ES LO PRIMERO

Es digna de elogio la cautela con que la Revolución está articulando la llamada Reforma Agraria, que en el programa del nuevo y vigoroso gobierno desempeña un papel estelar.

El asunto se presenta para la demagogia, pero los pronunciamientos del ministro Sorí Marín¹⁵ son ponderados y tranquilizadores. Los legítimos intereses, por lo que se colige de sus palabras, serán respetados.

Ahora bien: como el tiempo es una dimensión con la cual precisa contar sería muy bueno que Sorí Marín puntualizara qué es lo que se va a hacer durante el gobierno provisional, cuya existencia se asegura que no irá más allá de los veintidós meses.

Y qué es lo que se va a dejar para luego, es decir, para el gobierno constitucional y también revolucionario de Fidel, que será el que consolide ahora y continúe en lo futuro la magna obra, bastante para ocupar toda una generación...

*

No olviden los promotores de la transformación agraria cubana que la tragedia profunda de nuestra patria es el des-

¹⁵ Ministro de Agricultura por poco tiempo, pues emigró a Estados Unidos en el mismo 1959. Fue Comandante del Ejército Rebelde, con el cargo de Juez Abogado General. Bajo las órdenes de Fidel Castro, redactó y firmó las leyes que autorizaban a juicios sumarios de corte marcial y ejecuciones. Irónicamente, murió ejecutado por un pelotón de fusilamiento de Castro, luego de ser capturado como expedicionario en la invasión de Bahía de Cochinos, en 1961.

empleo. Más de seiscientos mil ciudadanos permanecen al margen de la economía nacional porque no producen, porque no ganan ni sueldo ni jornal, porque no consumen, y si sobreviven es gracias a esta inagotable y milagrosa generosidad de la familia cubana; cuando trabaja uno, comen diez. Pero una patria bien organizada no puede consentir esa inmisericorde agonía por muchos años...

Está bien la distribución de terreno entre los que quieren y saben cultivar y, además, se obligan por un compromiso a hacerlo: pero lo inmediato es organizar la refacción bancaria, la asistencia técnica, la vía de comunicación y el mercado para que los profesionales del agro que ahora tienen fincas y las explotan legítimamente, arrendadas o propias, puedan dar trabajo a mayor número de campesinos.

Por abandono oficial inveterado, por falta de preparación técnica, por culpa de una politiquería canallesca hecha de promesas incumplidas y de corrupción electorera, la inmensa mayoría de los adultos en nuestros campos no sirven más que para peones.

Pero hay que dar ocupación remunerada y convertir a esa población negativa en trabajadores útiles, y a la larga en jefes y en dueños de la tierra próspera, cundida de miseria, de manigua y de marabú, las tres “emes” fatídicas de nuestra campaña...

*

Ese infeliz guajiro quejumbroso y analfabeto de los programas de televisión debe desaparecer para siempre. Los tractores deben ocupar la plaza de las yuntas famélicas, y la casa de piso de cemento y techo de teja ha de suplantar al bohío.

Que se lleve el camino, la electricidad y la protección oficial inteligente a las colonias, a las lecherías, a las ganaderías y a las diversas plantaciones; que se organicen ferias semanales en los pueblos para eliminar a los mortíferos intermediarios: así se producirá de inmediato la necesidad de más brazos como primera parte de la transfiguración rural y de la desaparición del guajiro folklórico, convirtiéndolo en ciudadano de primera clase.

Repartir tierra: bueno. Pero no olvidarse que explotarla es arte difícil, y que precisa aprenderlo además de tener vocación.

Lo que urge es dar trabajo a la población indigente.

*

Son ideas que ofrecemos porque conocemos el campo y estamos convencidos del honesto propósito de los hombres que gobiernan.

Y una sugestión final: dejar toda la iniciativa y el control de la Reforma al Ministerio de Agricultura. Aunque los demás colaboren, la organización y el mando técnico debe estar allí. Tienen la voluntad de triunfar, además de la capacidad, y eso es la mitad de la pelea.

El resto es cuestión de ritmo, de método y de enterarse cómo hacen las cosas los que las han hecho en otros países amigos de América donde la reforma agraria es cosa de rutina, ya en plena marcha triunfal...

(Prensa Libre, 1 de marzo de 1959)



Carbó visto por el caricaturista Niko.

CON MOTIVO DE LAS CONFISCACIONES¹⁶

A pesar de nuestra sensibilidad de hombres civilizados, no pusimos el menor reparo al fusilamiento de los criminales de guerra, monstruos sádicos que deshonran la especie humana. Nunca se creyó que el cubano llegara a tales extremos de ferocidad.

Hay que ajusticiarlos, para escarmiento de los futuros agentes de la autoridad, que sabrán que el que mata puede morir.

Pero lo que no nos convence son esas sanciones excesivas y discriminatorias aplicadas a los políticos, no por haber matado, no por haber robado los dineros públicos, sino por el mero hecho de haber concurrido a las elecciones espurias en las listas de la llamada oposición.

*

Merecen castigo, sí: pero es principio jurídico que la pena sea proporcionada al delito. Hubo un momento en Cuba en que asistir a una lucha perdida de antemano, sin la debida coordinación y acuerdo entre la heroica oposición revolucionaria y la débil y desunida oposición política, carente de prestigio y de mínimas garantías, era hacerle el juego al tirano.

La inhabilitación durante determinado número de

¹⁶ Las confiscaciones de bienes comenzaron muy pronto en 1959, apoyadas en la llamada Ley Fundamental del Gobierno Revolucionario, del 10 de enero de ese año. En teoría, era una medida dirigida a personas con vínculos en el gobierno de Batista, aquellos que contaran con crímenes contra la población civil o quienes se hubieran enriquecido a costa de malversar el caudal público.

años, como se anunció desde la Sierra en los días de la odiosa engañifa, se explica. También se comprende si, a los elegidos en el cincuenta y cuatro —aun habiendo votado en contra de las leyes del Batistato— por el hecho de ofrecerle al Dictador un Parlamento de mentirijillas que sirviese de marco a su legitimidad falsificada, se les obligase a reintegrar los haberes devengados durante el dramático cuatrienio, manchado de sangre y de abominación.

*

Pero la confiscación de todos los bienes —medida terrible que no excluye ni siquiera los bienes gananciales del cónyuge inocente, ni el patrimonio heredado—, es golpe demasiado severo, al cual son acreedores sólo los delincuentes a las órdenes del déspota.

Debe tratarse de una ley festinada: no se explica de otro modo al analizar sus incisos y sobre todo al notar sus exclusiones tácitas, absolutamente incomprensibles. No queremos enumerar: pero por descuido tal vez se han omitido casos y figuras más culpables mil veces de colaborar con el autócrata fugitivo que los congresistas de los menguados partidos extra-palaciegos, que —como Eduardo Suárez Rivas, por ejemplo— no votaron las leyes señaladas como puntales maestros del fatídico diez de marzo.

Además, en el seno de las asambleas votaron en contra de las elecciones, aunque al final aceptaron el veredicto de dirigencias: en eso radicó su gravísimo error.

Hemos dicho más de una vez que la política impura y mentirosa de estos años últimos es la génesis de la dictadura, con todo su arrastre de horrores y de lágrimas.

Precisa una sanción ejemplar: pero que el castigo no sea desmesurado y para unos pocos solamente.

*

La Revolución, no puede perder el sentido del límite.

Hasta hoy ha sido generosa: los crímenes y desafueros del pasado ominoso hicieron temer a algunos una severidad por parte de los vencedores a nivel de las barbaridades perpetradas. No ha sido así por cierto.

Pero que esto de las sanciones políticas no desborde los límites normales. “No es mejor la fama el juez riguroso —dijo Don Quijote a Sancho— que la del compasivo”.

Que se reintegre lo robado a la República. Que se devuelva hasta el último centavo de los dineros percibidos en elecciones impuras a donde no concurrió el cuerpo electoral. Que se castigue con la proscripción política a los que entraron en el enjuague electorero y en la mojiganga congresional...

*

Pero que no se les arrebathe lo que les queda, aunque sea honestamente trabajando o heredado, porque cuando llega a este punto la penalidad se convierte en venganza.

Y la Revolución, hasta ahora, no ha sido furor ni ha sido venganza.

(Prensa Libre, 4 de marzo de 1959)



Carbó visto por el caricaturista Felo.

TRABAJEMOS BAJO TECHO

Para ser de verdad la medida básica de la Revolución la Reforma Agraria no necesitaba más que una cosa: reconocer su verdadera importancia a nuestra producción azucarera planificando tanto el aumento de producción como la ampliación del mercado.

Fidel Castro, en su visita a la Asociación de Colonos de Cuba, nos ha abierto las puertas de un inmenso porvenir con una proyección económica gubernamental que todos los cubanos —excepto, claro, los jugadores a la baja y los restriccionistas— tenemos que respaldar, no ya con nuestro aplauso, sino con nuestra absoluta cooperación. Se trata de una verdadera guerra de independencia, no por pacífica menos valerosa.

Para Cuba esa tarde fue una jornada de triunfo: una jornada más, pero sin duda la más decisiva. Al resolver, además, la situación del pequeño colono, facilitándole la propiedad de la tierra que trabaja, ese día el Primer Ministro colocó la piedra angular de nuestra grandeza futura. Una vez más, gracias, Fidel.

*

Habló juiciosamente, como hay que hablar a colectividades bien enteradas de la misión que cumplen dentro de la República: la columna vertebral y el cuerpo denso de la agricultura cubana es el Colonato, por su número, por su capacidad profesional, por el volumen e importancia de lo que produce y por lo que representa como fuente de trabajo.

En la alocución que les dedicó, el Primer Ministro señaló pautas, no halagó multitudes. No es el ambiente en-

sordecedor de una plaza el ambiente más recomendable para un gobernante que se despliega en estadista.

La plaza es irresponsable. Pide, y claro, hay que servirla en la medida de las posibilidades: pero para poder servirla es necesario unirse a los que trabajan, a los que cooperan con el dinero hecho empresa o con el trabajo tecnificado hecho producción. Fidel Castro habló bajo techo...

Por sicología gregaria —estudiada ya exhaustivamente por la ciencia— la multitud dice a todo que sí, cuando ve que el líder se inclina a una determinada tesis. Y ruge que no, si advierte que el orador sugiere la negativa.

“Hay un ciudadano que se atreve a sostener la doctrina antirrevolucionaria de que la sopa debe tomarse con tenedor y no con cuchara”, supongamos que afirme a gritos un orador desde la tribuna. “¿Qué opina el pueblo, que lo dejen tranquilo o que lo fusilen?”

Indefectiblemente la multitud tronará, en un solo alarido vindicador:

—“¡Que lo fusilen!”

*

El público aglomerado se matiza a voluntad, con una cosa que se llama “claque”. Los grandes artistas la usan y la pagan muy bien por cierto.

Los comunistas —maestros en golpes de efecto a base de minorías exiguas, pero bien amaestradas— toman posición junto a los micrófonos en todas las demostraciones del mundo libre.

Bajo techo el conferenciante no está a merced de la influencia magnética del auditorio. Lo conoce de antemano. Puede individualizar un grito hostil, dar su verdadero valor a un aplauso muy violento...

Y cuando se habla ante la televisión o ante la radio —que exige mayor responsabilidad a la disertación— no debemos olvidar que la abrumadora mayoría de los escuchantes está en la casa, ante los aparatos encendidos, pensando como ciudadanos libres, no como moléculas anónimas de una turbamulta en la que no hay quien se atreva a discrepar de los que más alborotan.

*

Cuando en una plaza hay veinte mil personas, puede ser que haya quinientos “activistas” plantados dentro del área de absorción de los micrófonos —esto lo conocen muy bien los instructores de Moscú— pero ante la radio y la televisión, proporcionalmente, está escuchando medio millón de almas. Y más de medio millón leerá al día siguiente los periódicos.

En las concentraciones modernas la nación asiste en bloque sin moverse de su casa. Y en las regiones inaccesibles el que no tiene aparato —hasta en el más humilde bohío se encuentra hoy un receptor— va a oír y a ver a la próxima cantina.

Resumen de este análisis: el doctor Fidel Castro no debe echar en saco roto que la parte mínima del auditorio es la que está en presencia física y tangible. La reacción de esa fracción no es necesariamente el pensamiento vivo de Cuba.

Y cuando el vocerío tumultuoso, asumiendo la función de “pueblo”, vocifera: “¡Elecciones, no!” lo están engañando. Es un truco.

(Prensa Libre, 8 de abril de 1959)



Carbó visto por el caricaturista Mestre.

CON TODOS Y PARA TODOS

Muchas y muy substanciosas razones ha dicho Fidel Castro en sus alocuciones de estos días. Lo más importante es la definición y el trazado —próximo a terminar— de lo que ha de ser la Reforma Agraria, obra cumbre del gobierno provisional.

Su apreciación histórica sobre la corrupción política y el abandono tradicional de los intereses generales es exacta: años enteros —toda una vida— hemos advertido a la república —gobernados y gobernantes—, del peligro que entraña el abandono de los sagrados principios que predicaron los fundadores.

La Revolución, obra del esfuerzo de tantos, ha puesto al descubierto el abandono, la traición y el crimen. Su máximo líder pinta el cuadro de nuestro pasado, y parece que exagera cargando la mano en lo sombrío: pero esa es la terrible verdad de nuestro proceso nacional. Y hay que denunciarla sin contemplaciones, para remediar el daño y emprender una nueva existencia.

*

Ahora bien: el pecado no es de una clase determinada, como quieren interpretar los que hacen política de resentimiento, atizada desde afuera para crear el conflicto internacional.

No hay un pueblo, mártir de una parte y una raza de explotadores y de verdugos procedentes del planeta Marte, por la otra. Los mártires, los asesinos, los explotadores, los explotados, los politiqueros y los ciudadanos honestos que propugnaron procedimientos de virtud son de un mismo barro.

Y este es el barro que tratamos de purificar, mejorando las costumbres públicas, castigando a los culpables y haciendo obligatorio el cumplimiento de la ley, dentro de una patria con todos y para bien de todos.

Precisa ser rectos, pero tolerantes. Todos nos equivocamos, unos por acción y otros por omisión. Los de abajo quisieron subir por las malas, y cuando estuvieron arriba asesinaron y robaron a los de su misma procedencia.

Y los que estaban arriba —por educación, por conducta cívica— se inferiorizaron y se convirtieron en canalla, todo en una confusión de valores endiablada, invocando banderas que no existían y consignas sin contenido, agitadas desde los primeros días de la República para alcanzar el poder, la impunidad o el dinero...

*

El resurgimiento de una patria sin clases, donde todos tengamos las mismas oportunidades y a todos nos ampare el privilegio de la ciudadanía: he aquí el programa. Fidel Castro lo ha dicho de muchas maneras, y lo ha dejado entender en sus pronunciamientos aclaratorios. Porque no basta legislar: hay que explicar que la ley no es facciosa.

Ayudémoslo. Hay en el ambiente un morbo antidemocrático y extraño a nuestro propósito cívico. No confundamos su limpia finalidad revolucionaria —abnegada y sincera, tal es el secreto de su fuerza dialéctica— su ansiedad cubanísima y sin mezcla de presiones ni contagios, con la tarea omnipresente en toda conmoción hispanoamericana de los enemigos de la libertad.

Esos, los que ponen su turbina extranjera a trabajar en nuestra clarísima corriente democrática, son la verdadera contrarrevolución. Y su estandarte rojo de sangre

es siniestra señal que convoca al antagonismo fratricida cuando más precisa la unión sagrada, a la lucha de clases, al odio del cubano contra el cubano, de todo lo cual se deriva la caída de la confianza, el hundimiento de la prosperidad y de las fuentes del trabajo.

Cuando se logre ese malvado propósito —no lo permitiremos nunca— ya está creado el descontento, caldo de cultivo perfecto para el proselitismo y el gobierno títere...

*

No: no es la Revolución del Resentimiento lo que Cuba selló con su martirio y con su luto. La contribución material y moral de los que no tienen, reunidos todos bajo la bandera de la ciudadanía y de la Constitución preexistente e incumplida, abrió el camino de la victoria.

Y ahora, es la Revolución de la Fraternidad bajo la ley, sin exclusiones, ni clases preferidas, ni culpas acumuladas de un solo lado, ni bonches, ni antagonismos; la Revolución en provecho de una patria libre para todos y para el bien de todos, como la pedía Martí, lo que necesitamos para ser felices y para ser grandes! [sic]

(*Prensa Libre*, 9 de abril de 1959)



Carbó visto por el caricaturista Hercar.

¡TIERRA!

Cuando hace cuatrocientos sesenta y siete años Rodrigo de Triana dio el grito celeberrimo en la copa de la carabela, anunció nada menos que la aparición de un gigantesco latifundio que sería grandeza y poderío de un imperio y después su decadencia y su caída. El hombre no contaba entonces para nada: todo por el Rey. Pero así se fue haciendo la civilización y así surgieron los derechos colectivos y luego los individuales.

El grito se ha escuchado otra vez —al pasar más de cuatro centurias— en los sotos agrestes de la Sierra Maestra, incubadora de libertades. Su significado ahora es distinto. Y su conjuro, con todas las enormes dificultades que nos esperan, se abre un nuevo capítulo grandioso de nuestra Historia. El capítulo más interesante y más decisivo para nuestra existencia nacional desde las guerras de independencia.

La tierra es la madre de la humanidad. Un pueblo sin derecho a su tierra es un pueblo extranjero y ausente, y por lo tanto eternamente disgustado y peligroso. La distribución prudente de la tierra entre los que la necesitan para vivir de ella, no para revenderla, es el secreto de la paz. Y agregaríamos, si no fuera un lugar demasiado común: el único antídoto conocido hasta hoy contra la lepra comunista.

*

Nación de pequeños propietarios, nación conservadora de sus libertades. He ahí el secreto de Francia y la fórmula de eterna juventud democrática de Costa Rica. Y

en definitiva: la profusión de la propiedad en un país da sentido e imparte dicha al derecho de propiedad. Feo pecado el ser propietario donde la población casi íntegra pertenece al peonaje. Thomas Jefferson, que como Martí todo lo dijo, y lo dijo bien, y lo selló con el cuño de su conducta, en una carta a Madison escribe este formidable pensamiento, que bien pudiera servir de lema a la Reforma Agraria:

En todo el país con tierras sin cultivo y hombres sin trabajo las leyes de la propiedad están violando los derechos naturales.

*

¿Cómo ha sido recibida la Reforma Agraria? La transición es tan violenta —estamos viviendo una genuina Revolución, no lo olviden— que sólo se percibe, en la masa campesina, un sentimiento de alegría expectante, pero no falta su poco de preocupación con respecto a las consecuencias inmediatas de la tremenda sacudida que en definitiva modificará nuestras costumbres, pondrá en otro nivel nuestras riquezas y nos preparará para el ejercicio de la democracia.

Si la Reforma se toma por los gobernantes como una tarea viva, adaptable a cada situación, y accesible a las modificaciones que se sugieran para lograr su mejor funcionamiento y su máximo provecho, la Reforma cumplirá sus magníficos fines dentro de muy poco tiempo. Grandes serán las demoras, los encarecimientos de productos y la desocupación si se cumple la gran Ley, acabadita de salir de los laboratorios y todavía incompleta, como un conjuro mágico e intocable. Cuba es con todos y para todos y sus leyes deben estar al alcance de todos.

Precisa echarla a andar en un mundo tan complejo y tan polifacético como es la explotación agrícola moderna. Y para que marche sin mayores obstáculos el anunciado Instituto y las comisiones locales deben estar integrados no sólo por revolucionarios teóricos sino *por campesinos cubanos que hayan triunfado en las actividades agrarias*, que difieren muchísimo de una región a otra.

Que los propulsores de la Reforma no se erijan en líderes clasistas ni en hierofantes omniscientes, ni que se insulte llamando *contrarrevolucionario* a todo ciudadano que discrepe y exponga una manera más práctica, más justa o más viable de realizar cada cosa.

*

Llámesese a conferenciar a todas las asociaciones, a todos los colonos, ganaderos, sitieros, etc., de algún prestigio en cada una de las zonas cubanas, húmedas algunas, otras secas como desiertos, unas accesibles, otras inaccesibles y distantes de las áreas de consumo. Y tengamos en cuenta que hay que hacer campesinos profesionales, y perfeccionar a los que están ya sobre la gleba fecunda. Los incapacitados y haraganes sólo sirven para mandaderos.

Por lo pronto, cuidado con esas medidas absurdas, que parecen inspiradas por los buscadores de conflicto, como por ejemplo, la inamovilidad del trabajador agrícola, siendo como es la tarea rústica eventual. Van de aquí para allá los hombres, trabajando en fincas distantes unas de otras muchos kilómetros, aporcando y chapeando, sembrando o recogiendo el fruto durante cosechas que duran pocos días, como la del tomate, por ejemplo.

Esa ley de inamovilidad, que no establece distinción entre el trabajo del campo y la tarea industrial, ha dado

como consecuencia el desempleo en las principales zonas de cultivo. Por su arbitrariedad, por el daño que causa tanto al patrono como al trabajador, debe derogarse la ley 241.

*

Seguiremos hablando sobre la Reforma Agraria que acompañada de la honradez administrativa constituyen una gran revolución redentora.

Si se administra con energía, pero con discreción, perfeccionándola sobre la marcha, sin causar daños inútiles, culminará en un hecho histórico sin precedentes. No olvidemos que los hechos históricos se producen no cuando se publican las leyes, sino cuando se ha cumplido su finalidad.

Y recordemos que, quien tenga algo que decir que lo diga ahora. No hay derecho para echar la culpa a nadie de una equivocación cuando no tenemos el elemental patriotismo de señalarla a la hora oportuna.

Martí pedía la picota pública para los atizadores de odios inútiles, pero también para los que no dicen a tiempo la verdad.

(Prensa Libre, 22 de mayo de 1959)

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Martí', with a horizontal line underneath the main part of the signature.

